



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE
HIDALGO



INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

ÁREA ACADÉMICA DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

La Escuelita de Emiliano: un camino hacia la dignidad
(Reportaje)

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

PRESENTA: ROSANA PERALTA MACÍAS

DIRECTORA DE TESIS:
ELVIRA HERNÁNDEZ CARBALLIDO

PACHUCA, HGO.

2009

Índice

Introducción	1
I. “Confieso que he vivido”. Carmen Rincón: de Cíhuatl a Emiliano	10
- 1.1. Ocho años antes de Emiliano	10
- 1.2. Cíhuatl, principio y consecuencia	16
- 1.2.1 Juicio y surgimiento de Cíhuatl	17
- 1.2.2 Fortalecimiento de Cíhuatl	22
- 1.3. ¿Yo te salí de ahí, mami? No, tú me saliste del corazón	29
2. La Escuelita de Emiliano	39
- 2.1 Su hijo no puede	39
- 2.2 Surge la Escuelita	43
- 2.3 La Escuelita	47
- 2.4 Los otros Emilianos	52
- 2.4.1 Jorge Candelaria	52
- 2.4.2 Alan Martínez	56
3. Fundación Emiliano	61
- 3.1 Un día en la Escuelita	61
- 3.2 La Escuelita resiste y se fortalece	66
- 3.3 El reconocimiento internacional y la Fundación Emiliano	71
Conclusiones	77
Fuentes	82
- Bibliografía	82
- Hemerografía	82
- Entrevistas	83
- Páginas de Internet	83

Introducción

*Cuando un día pasa, deja de existir.
¿Qué queda de él? Nada más que una historia.
Si las historias no fueran contadas o los libros no fueran escritos, -la
humanidad- viviría como los animales: sin pasado ni futuro, en un presente
ciego.*

Isaac Bashevis Singer

Tras años de intentos fallidos, Emiliano al fin encontró un lugar en el que su dignidad humana no fuera atropellada, en el que el respeto como derecho elemental no le fuera cuestionado.

Y ello, se lo debe a sus padres, que desesperados ante la nula oferta educativa deciden montar una escuela en la sala de su casa, contratar especialistas y, finalmente, ofrecerle una oportunidad de aprendizaje acorde con sus necesidades y posibilidades.

A más de tres años de eso, La Escuelita de Emiliano es una realidad tangible con un futuro alentador y con un presente sólido que busca alternativas mejores que ofrecer a Emiliano, a Alan, a Jorge. A niños y niñas que requieren educación especial y cuya dignidad no tiene porque seguir siendo un paraíso inalcanzable.

Consolidarse con base en la figura jurídica que dará respaldo a las acciones hechas durante estos años de trabajo, de obstáculos y de logros es lo que han conseguido un pequeño grupo de pachuqueños que en busca de un espacio educativo digno y respetuoso han llevado muy lejos algo que en principio era una idea, casi un simple deseo.

Así surgió La Escuelita de Emiliano y así surge ahora la Fundación Emiliano. Ambas constituidas legal, jurídicamente. Ambas en funciones y con proyectos con la mira en el futuro pero sin olvidar lo que les da la fuerza: la responsabilidad con el presente.

Dar a conocer los esfuerzos de la familia Imbert Rincón por dar educación de calidad a su hijo Emiliano es necesario, no sólo por reconocer los avances que se han logrado en él sino por el impacto que con ello han obtenido, dado que en su búsqueda personal han conseguido brindar a otros niños de la región una oportunidad que hasta entonces lucía imposible: una escuela integral que ayude a los niños con capacidades especiales a desarrollar habilidades más allá de lo físico, de lo manual.

Por ello, la forma más adecuada de abordar este esfuerzo comunitario es mediante un reportaje, género periodístico cuyas posibilidades permiten explotar las historias que se han entretejido con los años y que han hecho de la Escuelita un proyecto con luz propia y con posibilidades reales de evolución.

Informar al que no sabe, así define Martín Vivaldi¹ en “Géneros periodísticos” la misión del reportaje, donde profundiza sobre lo que representa la acción de informar, “es más que una obra de misericordia: es una obligación de comunicación social”.

Desde la perspectiva de los lectores, asegura Vivaldi², se lee para conocer lo que se desconoce o para incrementar los conocimientos existentes sobre un determinado tema, por tanto, “se escriben reportajes para decir todo lo que se sabe de lo que debe saberse”.

Por ello, este género luce como la mejor opción para explotar los detalles que han forjado la historia de Emiliano Imbert Rincón y todo lo que se ha logrado en torno suyo.

¹ Martín Vivaldi, *Géneros periodísticos*, p. 85.

² *Ibid.*

Pero hacerlo de este modo, demanda -como lo explica Vivaldi³, una responsabilidad social colateral, la veracidad, “por el reportaje objetivo, honrado y sincero fluye gran parte de la historia contemporánea (...) sus descubrimientos, sus luchas, sus éxitos científicos, su drama histórico, su modo de ser, de estar y de pensar. Todo esto y mucho más, todo el acontecer contemporáneo, podrá ser fuente de información para el historiador del futuro”.

El principio básico del reportaje es llevar información de interés a los lectores, o al menos eso es lo que indica el origen etimológico del término, que, de acuerdo con Martín Vivaldi⁴, proviene del verbo latino *reportare*, que significa llevar o traer una noticia, anunciar, referir, es decir, informar sobre algo que se juzga digno de ser señalado.

La turbulencia social que se vivió después de la primera y segunda guerras mundiales impactó en las formas de hacer periodismo, según Julio del Río Reynaga⁵, en su libro “Periodismo interpretativo. El reportaje”, quien explica que luego de las modificaciones que las sociedades sufrieron por los estragos de la guerra, la gente estaba ávida de una mayor información, ya no se conformaba con la noticia como tal y comenzaron a exigir formas más profundas y entretenidas en los relatos de los sucesos.

Así es como surge el reportaje, nombre que se le dio a todo artículo que cayera en la categoría de la noticia propiamente dicha, como lo explica en su libro “El nuevo periodismo” Tom Wolfe⁶.

El escritor estadounidense expone que en un principio, la fuente principal para este nuevo modo de hacer periodismo fue la policiaca, pero también se basaba en anécdotas de interés humano, relaciones sentimentales largas

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, p. 65.

⁵ Julio del Río, *Periodismo interpretativo. El reportaje*, p. 10.

⁶ Tom Wolfe, *El nuevo periodismo*, p. 31.

“acosadas por la tragedia” o en aficiones fuera de lo común dentro del margen de acción del periódico.

Sin embargo, Wolfe⁷ prepondera el hecho de que este género permitía al periodista un rango mayor para desarrollar una escritura más profunda, ágil y con una investigación intensa.

Y es ello, la investigación, justo lo que hace diferente al reportaje de otros géneros, como la nota, que en muchas ocasiones se queda únicamente en lo visible de los sucesos, por la estructura misma del trabajo periodístico diario, que exige rapidez sin posibilidad de esperar el tiempo necesario de una indagación profunda.

En “Secretos del reportaje”, artículo de Luis Velásquez⁸, publicado en el número 89 de la Revista Mexicana de la Comunicación, el reportaje se diferencia de la nota porque ésta sólo “roza” la superficie de los hechos, mientras que se separa de la crónica porque en ésta exclusivamente se narran los acontecimientos simples.

Así, el reportaje entra en los laberintos de la información, dando a conocer los hechos que se dejan fuera de una nota, ya sea por tiempo o por espacio en las planas del periódico.

Por ello este género, enfatiza Velásquez, requiere una alta responsabilidad social, dado que cada frase o dato que se coloca dentro de la redacción debe tener sustentos fundamentados y testimonios inapelables.

“Desmenuza los enredos más complejos del hecho social. Documenta, investiga, denuncia, describe, narra. El reportaje es, entonces, el género periodístico que informa de un hecho y esclarece dudas”, explica Velásquez.

⁷ *Ibid.*

⁸ Luis Velásquez, “Secretos del reportaje”, en *Revista Mexicana de la Comunicación*. No. 89, Octubre-Noviembre 2004. p 18-22.

El articulista cita a Vicente Leñero y asegura que si se traslada el 50 por ciento de los recursos literarios al periodismo, “ya estamos del otro lado en la conquista de los lectores” y es que, dice Luis Velásquez, la trascendencia del reportaje se debe justamente a su limpieza literaria y su profundidad.

De acuerdo con Guillermina Baena⁹, el reportaje es el género más completo en el periodismo y debe partir de una noticia, usando las técnicas de la entrevista para la investigación y las de la crónica para la redacción. Debe contar los antecedentes de un hecho y explicar todo lo que sucede alrededor de él, así como sus posibles consecuencias.

De acuerdo con Martín Vivaldi¹⁰, el reportaje goza de una libertad temática absoluta, por lo que “el periodista de verdad, el escritor de fibra”, no puede quejarse bajo ninguna circunstancia de que carece de tema.

Es por ello que, además de todas las diferencias enunciadas, el reportaje se hace único por la libertad expositiva y narrativa con que se cuenta, ya que debe emplearse un lenguaje -sin bien claro y directo- “de vuelo más o menos literario”, delimitado únicamente por la personalidad de quien lo escribe, asegura Vivaldi¹¹.

Sin embargo, dichas libertades deben ceñirse siempre a los datos sustentables y comprobables, indica Federico Campbell¹² en su libro “Periodismo escrito”, para lograrlo -cita a Máximo Simpson- se interrelacionan la anécdota, la noticia, la crónica, la entrevista o la biografía.

De ahí surge la posibilidad de explicar y dar significación a las situaciones o los acontecimientos planteados, dando a los lectores antecedentes,

⁹ Guillermina Baena Paz, *El discurso periodístico*, p. 71.

¹⁰ Martín Vivaldi, *op. cit.*, p. 84.

¹¹ *Ibid.* p. 89.

¹² Federico Campbell, *Periodismo escrito*, p. 69.

comparaciones y consecuencias, partiendo de un marco de referencia previamente establecido.

La dificultad del reportaje, explica Campbell¹³ es convertir lo complejo en sencillo y tomar de una gran cantidad de información sólo lo de mayor relevancia, a fin de conseguir una argumentación con sentido.

Por tanto, con base en la definición que Vicente Leñero y Carlos Marín¹⁴ dan en su libro “Manual de periodismo”, se puede decir que el reportaje, al ser el género periodístico más vasto, se elabora para ampliar, completar, complementar y profundizar en la noticia.

Con esa información, se deberá explicar un problema, así como plantear y argumentar una tesis o narrar un suceso, con el lenguaje y las técnicas -por las similitudes que los acercan- de la nota, la entrevista, la crónica, el ensayo, la novela corta y el cuento.

Al ser el desvelamiento de sucesos -o de aspectos de los mismos- desconocidos para la generalidad de las personas el objetivo primordial del reportaje, es evidente que el género tiene una responsabilidad social que cumplir: la denuncia.

Ello lo confirma Susana González Reyna¹⁵ en “Periodismo de opinión y discurso”, donde asevera que la comunicación que se hace con el reportaje debe despertar en el lector la necesidad de actuar, “de manera que no se trata sólo de información, sino también de denuncia”.

Para ello es necesario, expone González¹⁶, la presentación detallada del hecho exhibido, de manera que el lector esté en posibilidad de sentirlo y vivirlo, a fin de que conozca los alcances y las limitaciones de la sociedad en

¹³ *Ibid.*, p. 71.

¹⁴ Vicente Leñero y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, p. 185

¹⁵ Susana González Reyna, *Periodismo de opinión y discurso*, p. 45.

¹⁶ *Ibid.*

la que se encuentra, de tal forma que, basado en la información, se genere un criterio, bajo el cual podrá actuar en lo sucesivo.

“No se trata entonces de un razonamiento ni de un simple registro de datos, sino de una interpretación del suceso, que refleja la propia existencia del periodista”, indica González Reyna¹⁷.

Y reflejar la realidad que le tocó vivir a la familia de Emiliano es lo que pretende este trabajo, para lo que se dividió en tres partes a fin de ofrecer un panorama completo de lo todo lo que ha sucedido antes y después de su llegada a lo que hoy es su hogar.

Guillermo Cruz, primo de Carmen Rincón y secretario de la Fundación Emiliano, relata que después de que su prima sufriera la mutilación de su matriz, ovarios y útero, ella le llamaba por teléfono llorando, deseando que él pudiera darle una explicación que ayudara a entender su situación, “(es) para que desarrolles la sensibilidad necesaria para apoyar a quien sufra lo que tu estás sufriendo pero desde el conocimiento de la práctica. Creo que así pasa a veces, necesitas perder algo para hacerte sensible”.

Y ello, la historia ocho antes de Emiliano se presenta en la primer capítulo, en el que se hace un repaso por la violación a los derechos reproductivos que sufrió Carmen Rincón, así como su primera incursión en el activismo social mediante la asociación Cíhuatl, que surge como consecuencia del juicio histórico que entabló contra el responsable de su mutilación física. En ese capítulo también se revisa la llegada a la familia Imbert Rincón de Estelí y Emiliano, los dos hijos de la pareja.

En el segundo capítulo se aborda, en primer término, el origen de la Escuelita: la falta de espacios donde Emiliano recibiera educación. Después se da un panorama sobre la forma en que el proyecto comunitario de educación especial va surgiendo hasta que comienza sus actividades y, finalmente, se

¹⁷ *Ibid.*

presentan los casos de Jorge Candelaria y Alan Amador, los dos niños que junto a Emiliano conforman de planta a la Escuelita. Los demás niños que a lo largo del trabajo se mencionan, no son alumnos constantes o, como en el caso de Jonathan, su paso es temporal por requerir sólo de un apoyo para incorporarse a escuelas regulares.

En el tercer capítulo se hace un repaso a través de lo que ha sucedido con la escuela, cómo se fortalecen y cómo han superado obstáculos tanto propios como externos, hasta llegar a la expedición del acta constitutiva de la Fundación Emiliano. Para iniciar el capítulo, se presenta una crónica en la que se describe el movimiento de la escuelita en un día normal de clases, el cómo se vive la cotidianidad entre las psicólogas encargadas y los niños.

La estructura de los capítulos responde al esquema de un reportaje con un amplio contenido, en el que no se requiere arrancar con la noticia como tal, sino que se comienza por introducir a los lectores en los detalles de la vida de los sujetos a presentarse. Y hablar de la violación a los derechos reproductivos de Carmen Rincón y su comienzo en el activismo social mediante la fundación Cíhuatl es indispensable, ya que ella -como consecuencia de ambos hechos- se ha erigido como un referente de la lucha social, que continuó con la apertura de la Escuelita.

De tal forma, se completa el panorama de lo que ha sido el fundamento, el sostén y la fuerza que han hecho de la organización hidalguense una realidad que con compromiso ha sabido abrirse paso y consolidarse como una opción en la educación especial.

Para ello, se recogieron los testimonios de todos los implicados, comenzando por supuesto por los padres de Emiliano: Carmen Rincón y José Luis Imbert. Así como los miembros de la familia que trabajan junto a ellos en la Fundación y los que integran el proyecto, así, aparecen los testimonios de madres de familia, las psicólogas encargadas, de la representante de la empresa certificadora de calidad. Todos aquellos que de una manera directa

han tenido que ver con la evolución del proyecto y con cuyas visiones se han nutrido este reportaje. Sin embargo, no todos aquellos implicados respondieron ante los cuestionamientos, dado que en el caso de las autoridades tanto de presidencia municipal como de la Secretaría de Educación Pública alegaron no tener conocimiento del tema debido al tiempo transcurrido de los sucesos, por lo que se negaron a dar declaraciones.

Los catedráticos y psicólogos del Área Académica de Psicología de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo que son mencionados durante el reportaje y que tienen una relación estrecha con la obtención de prestatarios de servicio social por parte de La Escuelita de Emiliano tampoco pudieron ser entrevistados a pesar de la numerosas veces en que personal y telefónicamente se intentó el contacto.

A fin de no afectar el estilo periodístico se decidió no hacer citas para cada declaración sino integrarlas como un todo, con la aclaración posterior de las personas y los lugares de quienes fueron recogidos los testimonios.

Y fue justamente para respetar el estilo y la estructura del reportaje que se evitó caer en la falsa necesidad de incluir fotografías, dado que no es objetivo del trabajo mostrar mediante material gráfico la realidad que les ha tocado vivir a las personas implicadas en el proyecto de educación comunitaria, sino que es por medio de la palabra escrita que se reflejarán los sucesos. Porque además, de ese modo se estarían tomando de manera escueta y, quizá, poco fundamentada elementos de otro género: el fotorreportaje.

I. “Confieso que he vivido”, Carmen Rincón: De Cíhuatl a Emiliano

1. 1. Ocho años antes de Emiliano

El dolor la partía. Cada bache brincado por el auto de su padre de camino al hospital incrementaba la fuerza que le abrasaba el interior desde hacía ya varios días.

Un tibio y viscoso líquido calentaba sus piernas, una vez más la pus revuelta con todo tipo de fluidos escapaba de su herida y la llenaba de desesperación, de ansiedad. Qué era lo que habían hecho con su cuerpo, se preguntaba con una respuesta -tan sospechada como temida- rondándola cada vez con mayor insistencia.

Tan sólo siete días antes había hecho el mismo recorrido: de su casa al hospital de La Beneficencia Española. La misma ruta, muy distinto motivo. Aquella noche de septiembre se había preparado para algo anhelado larga, cuidadosamente: el nacimiento de Azul, su primera hija.

Eran varias las razones por las que Carmen y José Luis habían rechazado su derecho a asistir al Seguro Social, querían oír con toda la frecuencia posible los ultrasonidos de Azul y, la más importante, durante todo el embarazo se habían informado sobre las posibilidades de un parto profiláctico. La Beneficencia Española permitía que el padre estuviera durante el parto en el quirófano, así que ese hospital era su opción.

Llegó el día del parto. De manera arbitraria, Carmen fue llevada directo a la sala de expulsión y bloqueada sin su consentimiento. Sin explicaciones coherentes, súbitamente, le prohibieron a José Luis la entrada al quirófano. “Hoy hubo cambio en las disposiciones del hospital”, dijeron como única e inapelable respuesta a sus quejas. Horas y horas de llanto y esfuerzo sufrió Carmen por su cuerpo.

“¿Qué le hicieron a mi hija?!, ¡asesinos!”, repitió Carmen durante varios minutos en los que su cuerpo impactado por el esfuerzo y el dolor, se resistía a abandonar la consciencia. Necesitaba saber qué había pasado con Azul.

“¡Cállese!, no es la primer mujer a la que se le muere un hijo”, le gritaban y exigían las enfermeras, en una actitud que podría pensarse como posible sólo en hospitales públicos, nunca en servicios de salud privada y, mucho menos, en un hospital que entonces era considerado como el mejor de la ciudad.

“Es que pasas a otro nivel de atención”, explica Carmen a más de 21 años de lo sucedido. Le prohibieron gritar, le reprocharon sus quejas. Pretendían arrancarle su derecho al dolor.

Las imágenes deformes giraban en torno suyo como en una ruleta macabra. El médico le inyectaba cosas a su cuerpo -luego sabría que era oxitocina para contraer y relajar su útero-. Ella pujaba sin descanso. El médico ordenaba una cesárea emergente. Azul salía de su cuerpo amoratada y muerta. Ella gritaba, lloraba, exigía. La nada.

Todo había sido real. Se daba cuenta que todo había sido verdad al despertar del sueño profundo en el que cayó durante horas como consecuencia de los sedantes que le fueron administrados para que se callara.

Busca respuestas en los ojos de José Luis y las encuentra. Azul estaba muerta. Enterrada. Un soplo en el corazón -nunca comprobado-, nada qué hacer, había dicho el médico, mejor enterrarla lo más pronto posible. José Luis tomó a su hija, actuó, pero no quiso ir al entierro, lo hicieron sus suegros, él se quedó con Carmen para decirle todo cuando despertara.

Ella comenzó a recordarlo todo -estuvo suficientemente consciente durante el parto-: horas y horas de pujar sin éxito, el médico pide otra dosis de oxitocina que le inyecta a su cuerpo -esta sustancia debe administrarse mediante goteo,

de lo contrario “acartona” irreversiblemente los músculos y tejidos-¹⁸, su útero se contrae con violencia para siempre y, al hacerlo, asfixia a Azul. Nada qué hacer, la niña está muerta, su útero también. Las lámparas enormes sirvieron a Carmen de espejo, a través suyo pudo ver todo, pudo ver cómo con la cesárea sacaron el cuerpo de Azul muerto ya, morado.

Era verdad, nada había sido producto de su imaginación. En adelante, ésa era su realidad. Debía aceptar no sólo que su hija estaba muerta sino que también estaba ya enterrada, lo que anulaba la posibilidad de abrazarla, de mirar con detenimiento sus rasgos, de decirle adiós aun sin haberla conocido. De entender lo sucedido.

Tres días después estaba en casa de sus padres, recuperándose física y anímicamente, no podía caminar, no podía moverse. Era demasiado dolor. Pero lo bloqueaba el sufrimiento de la pérdida, hasta que se vio obligada a regresar al hospital. Al mismo.

Su ginecólogo, Jorge García Ávila -el mismo que atendió el parto-, le había indicado caminar. Ella había intentado obedecer aunque el dolor no se lo permitiera del todo. Luego de días de expulsar líquidos, fluidos y excremento revuelto con pus por la herida de la operación y de que le dijeran una y otra vez que aquello era normal, que era parte de la recuperación, deciden volver al hospital.

Su, hasta entonces, médico se niega a atenderla, incluso le ofrece un paso al Seguro Social, lo rechazan. Coincidentemente, comienza su periodo vacacional. La madre de Carmen es enfermera en el Seguro Social, conoce al médico Ernesto Licon, hombre con muchos años de experiencia que, luego de la presión, acepta operarla ahí mismo, en la Beneficencia Española.

¹⁸ Tania Meza Escorza y Mitzzy Alalá, *Carmen Rincón: El derecho a ser madre*. Tesis de licenciatura en comunicación. Pp 58-59.

Licona pide que la madre de Carmen entre a quirófano, no sabe lo que pueda pasar, puede morir, dice. Carmen ya no sabe qué pensar, se está pudriendo y lo sabe. Dimensiona lo que ocurre pero aún no lo entiende.

Despertar de una noche larga de la que poco recuerda fue para Carmen aún más triste que el despertar de una semana atrás. Estaba segura que le habían extirpado el útero pero eso era, dentro de todo, algo aún soportable, aún podría tener hijos biológicos, no todo estaba perdido.

- ¿Qué pasó?
- Ya saliste.
- Dime la verdad, ¿qué pasó?
- Te quitaron el útero... la matriz y los dos ovarios.
- ¿Soy estéril ya?
- Sí.

Las palabras de su madre se reprodujeron con crueldad en la mente de Carmen como una sentencia que le negaba toda posibilidad de ser madre, “yo quería ser mamá. Yo quería ser mamá”, retumbaban los sonidos de su propia voz. No quería saber nada más, quería estar sola para sufrir su dolor, para aceptar su nueva condición.

Sin embargo, aunque no quisiera saberlo, había más, mucho más. A los 27 años había quedado no sólo estéril quirúrgicamente y sin la hija que sintió nacer. Antes de cumplir 30 años tenía un proceso de menopausia acelerado que pronto comenzaría a sentir; a su complicada condición emocional se le sumaría una depresión hormonal muy fuerte.

“No es un momento, no es cierto, es toda la vida, jamás te acostumbras a vivir sin la persona que tú ibas a querer, que tú esperabas tener”, dice José Luis al intentar explicar lo que sucedió dos semanas después de la fecha que durante nueve meses habían visto como el inicio de una nueva vida en

familia, sabían que la vida les cambiaría pero nunca calcularon que el cambio fuera tan brutal.

El embarazo sorprendió a la joven pareja de químicos farmacobiólogos que, hasta entonces no sabían más que de su vida en común y de sus profesiones. No buscaron el embarazo, recuerda José Luis, sin embargo, no fue una noticia desagradable, por el contrario, Carmen se puso muy feliz y él también, asegura, “todo el transcurso del embarazo fuimos vigilando que fuera normal, que no hubiera problemas, cuando fue el desenlace fatal que tuvo, nos sorprendió a todos, nos dejó muy noqueados porque la muerte de Azul no nos la esperábamos, todo estaba bien. Nueve meses de embarazo”.

Fue una noticia, un evento completamente aniquilante para ambos, “no veíamos cuándo se iba a terminar”, dice José Luis al traer las imágenes de aquel tiempo en el que lo peor se renovaba a cada instante. Primero, lo peor parecía la muerte de Azul, luego lo pareció la esterilidad quirúrgica. Finalmente, todo eso fue reemplazado por una infección que invadía el cuerpo de Carmen sin que los médicos la pudieran detener y que amenazaba su vida.

Los resultados aún los viven, coinciden ambos por separado. Carmen debe vigilarse periódicamente los senos por la aparición desde algunos meses de pequeños tumores benignos que le surgen a más de veinte años de distancia, como consecuencia de una menopausia mal tratada. “Las secuelas de esa mala atención nos van a durar toda la vida”, enfatiza José Luis, quien recuerda esos días como los más complejos de su vida, “lo más fuerte que le puede pasar a una persona, fue lo que nos sucedió a nosotros”.

Sin fuerzas -ni ganas- Carmen debía comenzar su lucha por sobrevivir a la infección que le había dejado todo el proceso por el que había pasado. La pus revuelta con fluidos internos seguía saliendo con terquedad de la herida de su vientre que se negaba a cerrar. Los que fueron los motivos de su gravedad ya

no estaban, no había útero, no había ovarios, pero ella continuaba pudriéndose ante la mirada de todos.

Las revisiones rutinarias se convertían en un recordatorio de lo afectado que tenía el organismo: al ir a rayos x, en su camilla, el líquido viscoso surgía sin aviso y la empapaba con la rapidez de la orina, el siguiente paso era extirpar también uno de los uréteres que se conectan con la vejiga.

Eso ya no fue necesario pero dos tubos le habían sido conectados sin aviso - previo o posterior- para drenar la pus, su desconocimiento de ello le generó una gran sorpresa cuando el médico Licona llegó a retirárselos como si se tratara de algún elemento insignificante de la decoración del cuarto de hospital, en el que llevaba casi un mes.

A pesar de sus peticiones de ser anestesiada para ya no sentir dolor, le fueron retirados los tubos sin ningún tipo de sedante, “me dijo que esto era al “ajo” y dije ¿qué es eso? A joderte y aguantarte”. Tres días después fue dada de alta.

Durante ese tiempo, José Luis debió hacer viajes constantes a la Ciudad de México por su trabajo, sin embargo, él recuerda aquellos días como un largo proceso que no parecía tener fin y en el que la mayor parte del tiempo estuvo a un lado de su esposa.

Salió del hospital en silla de ruedas, devastada anímica y físicamente, “no me podía mover, era muy doloroso. Había sido la cesárea, a los 8 días me tuvieron que volver a abrir. Estaba muy lastimada”. Más de un mes pasó hasta que, en casa de sus padres, Carmen pudo levantarse, ya era diciembre.

Estaba por terminar el año que le cambió la vida, el último trimestre de 1987 que marcó el inicio de una nueva etapa, Carmen trabajaba desde hacía tiempo en los servicios de salud pública dentro del laboratorio clínico, pertenecía al gremio médico, sin embargo, no se podía explicar lo que le

había sucedido. Al finalizar diciembre, tenía algo claro: necesitaba respuestas. Demandaría al médico antes de que concluyera el año.

1. 2. Cíhuatl, principio y consecuencia.

Sin más motivación que hallar certezas para continuar, Carmen y José Luis inician la demanda judicial contra García Ávila. Aún no sabían lo complicado que resultaría enfrascarse en un proceso legal contra un médico al que todo beneficiaba: el Colegio de Médicos, la reputación, los testimonios de las enfermeras, el dinero.

Cuatro, cinco abogados y abogadas tomaron y dejaron el caso. Algunos inmediatamente por considerarlo una lucha inútil y hasta peligrosa para sus carreras, otras, como Sonia Gutiérrez, entorpeciendo el proceso hasta el punto de perder la oportunidad de demandar por la muerte de Azul y quedar únicamente en negligencia médica¹⁹.

Tiempo, dinero, entusiasmo perdidos hasta que llegó Rosa María Gutiérrez, irónicamente hermana de la anterior abogada, para darle el empuje necesario al juicio. Ella sabía de la influencia que pueden ejercer los medios de comunicación e instó a Carmen a buscar ese apoyo.

Pero antes de que llegara Gutiérrez a darle forma real al pleito legal, Carmen intentó cosas que, sin bien, no ayudaron en la práctica, le fueron fortaleciendo el carácter y endureciendo su postura.

“Era mi palabra contra las de ellos, porque era yo la que había estado en el quirófano y que no, que no había delito qué perseguir”, le decían todos. El médico Licon le había regresado su útero dentro de un frasco de formol que,

¹⁹ *Ibid*, p. 29,

en medio de su desesperación, Carmen llevó consigo a las calles para pedir firmas en favor de su denuncia.

Y fue con el frasco en las manos que se presentó una mañana en la oficina del entonces subprocurador del estado, Manuel Monterrubio, a pedir justicia. No se puede hacer nada, lo siento señora, fue todo lo que recibió como respuesta.

“Le puse el frasco del útero en el escritorio y le dije que él sí estaba completo y que yo no, y que si el que me hubieran amputado no era un delito que perseguir, a parte de que habían asesinado a mi hija, entonces qué era”, recuerda Carmen y ante ella se suceden una serie de imágenes que aún le duelen: no tenía dinero, no tenía respuestas. Ni apoyo ni resultados.

1. 2. 1. Juicio y surgimiento de Cíhuatl

A principios de 1988, surge Cíhuatl con las mujeres de su familia como únicos integrantes, por ello se llamó “Grupo de mujeres en Pachuca, Cíhuatl”, eran sus primas, sus tías, su abuela, su madre, “eran las mujeres de familia, por eso el nombre tan simbólico, ¿de quién más cuándo hablo de mujeres?, piensan que somos muchas mujeres, no, vengo de una familia donde las mujeres son muy fuertes”.

Y es, también, por esos meses que Estelí -su primer hija- llega al matrimonio Imbert Rincón, sin embargo por no haberse llevado el protocolo formal correspondiente, debían mantener oculta su adopción, confiesa José Luis, no convenía que se supiera, “de alguna manera la gente hubiera argumentado en los juzgados que Carmen no estaba impedida de su poder de dar a luz porque ya tenía una hija, eso nos iba a meter en muchos problemas legales”, sin embargo, arroparon a su hija con su familia, con la más cercana para que la niña tuviera un ámbito familiar normal.

Entonces Carmen, ya con una abogada dispuesta a dar una pelea real en el juicio, decide -luego de reencontrarse con una antigua amiga, la antropóloga Diana Bedolla- contactar a las periodistas que tenían posibilidades de apoyarla.

Cristina Payán, amiga de Bedolla, era directora del Museo de Culturas Populares y fue quien la contactó con Sara Lovera, entonces directora del suplemento feminista “Doble Jornada”, del periódico “La Jornada”.

El encuentro con Lovera no fue alentador en principio²⁰, la periodista fue abordada por Carmen a la salida de las instalaciones del diario, sin embargo, el diálogo no duró sino breves segundos en los que Carmen alcanzó a exponer su caso en unas cuantas frases cortas.

“Por favor habla con mi secretaria y que ella te atienda. Me dejas tu teléfono y yo luego me comunico contigo”²¹, fue lo único que le contestó. Todo parecía indicar que era un nuevo golpe contra la realidad y que esa mujer no la ayudaría, sin embargo, no fue así. Lovera en efecto se comunicó y acercó en el momento preciso.

Era el primer día de desahogo de pruebas, Carmen no tenía permiso para presentarse con Rosa María Gutiérrez, dado que cuando se sentaron las bases para el encuentro legal no tenía abogado, por lo que se había estipulado que debía acudir sola.

Entonces, Sara Lovera llegó al juzgado pero lo hizo acompañada de otras periodistas de la Ciudad de México, a las que se les sumó Aída Suárez que entonces trabajaba en “El Sol de Hidalgo” y aunque los temas que tocaba eran culturales, asistió. Todas juntas hicieron presión y aquél primer desahogo de pruebas, que lucía desalentador y peligroso, resultó positivo.

²⁰ *Ibid*, p. 68.

²¹ *Ibid*, p. 69.

Aída Suárez se acercó espontáneamente, era la única de todas las periodistas a la que Carmen no había contactado, “no fue sólo al desahogo, me escribió varios artículos en su sección y consiguió que se publicaran algunos desplegados de media plana en el Sol, totalmente gratis”²².

En Pachuca, Carmen también contó con el apoyo incondicional de Roberto Meza, quien de hecho fue el enlace con Rosa María Gutiérrez, “él me apoyo mucho, fue a casi todas las audiencias, siempre estuvo ahí”.

Sara Lovera se interesó en el caso por varias razones, entre ellas, el impacto que el juicio tenía en el movimiento feminista, “por nuestra condición de mujeres, principalmente, luego porque marcó un parteaguas en el movimiento feminista. Antes sólo denunciaban a los agresores, pero este era el primer caso llevado a los tribunales, además me conmovió y le ayudamos a que se diera seguimiento en el periódico La Jornada”²³.

Sin intentarlo, Carmen estaba haciendo historia, a su causa se unieron - durante todo el proceso- desde mujeres de la ciudad que organizaron marchas callejeras exigiendo justicia para ella, hasta periodistas locales y nacionales, activistas sociales como Martha Lamas e incluso Elena Poniatowska publicó el lunes 26 de marzo de 1990 en el periódico “La Jornada” un artículo que tituló “¿Justicia en Pachuca?”²⁴, en el que ventiló que Leticia Gálvez Hernández - otra paciente de García Ávila- había sufrido igual lesión durante un parto. En él expuso también que Carmen estaba descubriendo la solidaridad que había despertado, no sólo en torno suyo, sino en torno del médico, al que el Colegio de Médicos brindó todo su apoyo y peso.

Poniatowska cita las frases que García Ávila le dijo públicamente a Carmen, “debería darle vergüenza andar declarando que ya no sirve, que ya no es una mujer completa”, por lo que planteó que, entonces, el caso de Carmen se convertía ya en el caso de todas las mujeres en México que estaban siendo

²² *Ibid*, p. 73.

²³ *Ibid*, p. 71.

²⁴ *Ibid*, p. 140.

expuestas con impunidad a las manos de médicos corruptos y negligentes como García.

“A diferencia del médico, somos muchas las que pensamos que Carmen Rincón no sólo es una mujer completa, sino íntegra y valiente, porque a partir de su denuncia se ha enfrentado a un sinfín de dificultades en la impartición de nuestra justicia”.

Y expuso los dos únicos capitales con que contaba Carmen: el no haber aceptado indemnizaciones económicas por su pérdida y la consciencia cívica de solidaridad con las actuales y futuras madres, “No es sólo por mí, sino por todas las que vienen atrás de mí”, citó la escritora a Carmen.

Así transcurrieron cinco largos años en los que la esperanza se avivaba y se moría intermitentemente y en los que el dinero -o la falta de él- se convertía en el medio y el obstáculo constante.

En ese tiempo, José Luis trabajaba en Puebla y estudiaba la maestría, pero como su sueldo combinado con el de Carmen -en el Seguro Social- eran insuficientes, tuvo que tomar un trabajo nocturno como obrero en la Volks Wagen, “pagar los peritajes, para pagar parte del juicio, así como me llegaban mis cheques, había que entregarlos, era muy caro, a pesar de que la abogada no cobrara nada, había que pagar otras cosas, Todo el aparato encima de nosotros”, recuerda Carmen.

Y no era para menos, asegura José Luis, “la comunidad médica por primera vez se estaba juzgando de manera legal en el país, el proceso estuvo lleno de argucias legales y triquiñuelas por parte del acusado para que su responsabilidad no fuera evidente, para que la ley no se aplicara”.

José Luis, por tanto, no podía estar todo el tiempo que deseaba con su familia, sin embargo, su participación fue determinante, “siempre apoyé a Carmen en todo lo que había que hacer y decir”.

Por lo delicado de la situación y que a Carmen se le tachó de traidora a su gremio, se vio obligada a pedir su cambio de residencia en el hospital y pasar los dos últimos años del juicio viviendo en Puebla, “ya no aguantaba la presión. No la aguantaba, decidí poner distancia”.

Pero durante la vorágine legal, Carmen debía enfrentarse en silencio a las secuelas que aún se resistían a irse de su cuerpo, la depresión no aminoraba y la menopausia comenzaba a reportarle desgastes cada vez más evidentes, “no entendía todavía qué aunque ya estábamos con el juicio, recuerdo que me dolía mucho el cuerpo, ahora me doy cuenta que era por el estrés, yo pensaba que era por los huesos”.

La menopausia no podía serle tratada, según algunos médicos, “una vez vine - al hospital del Seguro Social- a ginecología y le dije al doctor que me habían hecho una histerectomía, que tenía menopausia precoz, que qué me podía dar y me dijo que nada, que incluso yo no tenía ni porque ir al consultorio de ginecología, que porque yo ya no era mujer, que fuera con el traumatólogo, con el que ve los huesos pero con él ya no”.

Las humillaciones le venían de diversos frentes, pero ella seguía sin verlo, “embarazo, parto, puerperio. Después, ya no existes. Ahí lo entendí. Yo no veía la violencia, no me había dado cuenta que había sido violentada, entendía que no era justo y quería saber porqué se había muerto mi hija, inicialmente por eso comencé el juicio. No me había dado cuenta que esto existe en México”.

Finalmente el 10 de agosto de 1992 se dicta la sentencia final: 3 años 6 meses de prisión para García Ávila, una multa de 4 mil 900 pesos a favor del Erario Público por delito de lesiones culposas y 6 meses de suspensión de la actividad profesional y el pago de 3 mil 391 pesos con 48 centavos a la agraviada por

reparación del daño y lesiones sufridas²⁵. El primer juicio ganado en salud reproductiva en México.

Entonces, la familia Imbert Rincón regresa a Pachuca fortalecida, con tranquilidad que les ofrecía la justicia finalmente otorgada pero con secuelas anímicas que tardarían mucho en sanar.

1. 2. 2. Fortalecimiento de Cíhuatl

Al nacer como un movimiento con el único fin de apoyar durante el juicio, Cíhuatl ya no tenía razón de existir, aparentemente, después de 1992. Su primera acción formal había sido una marcha que culminó con una pinta en un callejón del centro de la ciudad, a un costado de “Modatelas”, en la que se lee -hasta ahora- “Justicia para Carmen”, “fue el día que iban a decir si se consignaba un juicio o no. Éramos algunas mujeres que vinieron de México y algunas de mi familia, incluida mi abue, una mujer muy solidaria”.

Sin embargo, fue la abogada que la llevó al triunfo legal la que le impulsó para que el grupo no se quedara en eso, “me dice que yo ya había terminado la denuncia y que las demás mujeres qué”.

Para ese momento, el grupo se quedó desierto, en el acta constitutiva estaban varias mujeres de su familia pero en la práctica se había quedado sola, entonces Carmen decide invitar a otras compañeras y comienza la segunda etapa -de 1994 a 2004- junto a Otilia Sánchez Castillo y Mireya Velasco.

Para 2005, Cíhuatl se vuelve a fragmentar, Carmen queda nuevamente sola con el grupo, hasta que se incorporan las que actualmente lo integran de manera activa: Juana Elena Licon Solís, como vicepresidenta y Yadira Villamil Vera, la psicóloga a cargo.

²⁵ *Ibid*, p. 94.

La Carmen que comenzó con el activismo social en favor de las mujeres pachuqueñas ya no era la misma que inició el juicio, ahora era una Carmen fortalecida, con conocimiento de la lucha que empezaba y con objetivos claros: llevar información a las mujeres para que se adueñaran de sus vidas, de sus procesos internos y de sus decisiones. Guiarlas para que ellas mismas se ayudaran.

“En ese tiempo me fui reconstruyendo, creo que de las partes más difíciles fue aceptar esta nueva Carmen que era, una Carmen antes y otra después, ya de ahí fue que fui avanzando”, platica Carmen mientras se visualiza hace más de veinte años, “creo que antes del juicio todo era como la parte infantil, la parte del ideal de la vida, la vida es bonita, todo es bueno, todo es bello. Aun cuando ya había tenido la experiencia de haber estado como ayuda humanitaria en Nicaragua, lo veía muy lejano. *Eso no pasa aquí*”.

Carmen ve en las mujeres de su familia, principalmente su madre y su abuela, el ejemplo de fortaleza al que se aferró durante esos años de reconstrucción personal, de enfrentarse a la vida partiendo de su realidad, “mi abue siempre me decía que en la vida había que tener entereza, yo creo que saqué lo que estaba ahí latente. Hasta ese momento la vida había sido agradable conmigo, yo no sabía lo que era una agresión de esa magnitud, no había tenido que sacar esa parte de mí, todo había sido fácil, cordial”.

Pero asegura que no lo logró sola sino con el apoyo incondicional de José Luis, de Estelí y de todos los que se agruparon para empujarla a salir adelante, “hasta la fecha me sorprende de los alcances que luego tengo, pero como dice el dicho, lo que no te mata, te fortalece, y me sorprendió la fortaleza que tengo, pero me ayudó toda la red que se formó en torno a mí”.

Una de las experiencias que forjaron los conocimientos y la sensibilidad de Carmen para hacer un trabajo de mayor impacto en Cíhuatl, fue su participación en la Primera Cumbre Mundial sobre derechos de las mujeres

celebrada en El Cairo, Egipto, en la que formó parte del grupo de mujeres que de todo el mundo se congregaron para relatar sus experiencias en torno a la violencia y las agresiones sufridas en sus respectivos países.

“Violaciones a los derechos reproductivos por parte de las instituciones médicas en México”, fue el testimonio que brindó en un estadio repleto de mujeres de todos los puntos del planeta, que estaban ahí para escuchar las historias de las demás.

“Fue una experiencia muy fuerte porque yo recuerdo que era un estadio inmenso, estábamos de todos los países, éramos de los cinco continentes. Estaban los de la BBC de Londres porque estaba Jane Fonda entre el público. Me tocó escuchar a las mujeres musulmanas que les habían quitado el clítoris, a otras que las habían abusado y habían quedado estériles”, todos esos testimonios fueron recogidos en un libro publicado en el 2000 por la editorial Edamex, bajo el título “Los derechos de las mujeres son derechos humanos”.

Los testimonios eran dichos en el idioma oficial de los países de origen de las participantes y traducidos simultáneamente a todas las lenguas. Cuando Carmen comenzó a hablar sobre lo que le sucedió y llegó al punto de que ese día se cumplían 7 años de su parto y que antes de ello jamás se habría imaginado formar parte de un evento así, el llanto frenó su relato pero, le comentarían después, también la traducción simultánea. Había llevado al llanto a las traductoras.

Al final de cada testimonial, el jurado de un tribunal dirigido por el presidente internacional de los ginecólogos, un médico musulmán, le ofreció disculpas en nombre de sus compañeros de profesión y le brindó parte de su ideología como una vía para reconciliarse con esa parte de su vida, “quería decirme que en el Corán dice que cuando alguien muere, se vuelven a encontrar, estuvo bellissimo lo que me dijo, quería que supiera que nos íbamos a volver a ver - Azul y ella-. Fue muy fuerte, dictaron sentencia, nunca pensé que me iban a pedir perdón a nivel del mundo”.

Apenas terminó todo ello, Carmen corrió a refugiarse en los sótanos solitarios del estadio, a llorar su dolor y su recuerdo, “en ese momento estaba sola porque como eran varias conferencias al mismo tiempo, las mexicanas con las que iba estaban en otro lado. Cuando salí del sótano, llegaron de la televisión francesa y alemana a entrevistarme. Al día siguiente salió en el periódico del Cairo e iban pasando unas mujeres negras y me dijeron *Carmen*”.

Fortalecida con la experiencia, Carmen regresa a Pachuca a continuar la labor con Cíhuatl, que consistía en primer término en visibilizar en la ciudad los derechos humanos de las mujeres en cuanto a salud reproductiva y que, con los años, se extendió al tema de la violencia contra las mujeres en todas sus formas.

El primer paso era dar pláticas a mujeres, pero luego de la Cumbre Mundial, tuvieron acceso a la cooperación internacional y a la capacitación. Comenzaron ofreciendo charlas sobre cáncer y a hacer difusión en los medios de comunicación sobre los derechos de las mujeres, “después me fui a hacer la pasantía a Colombia, hicimos un modelo de atención para mujeres y cuando regresé ya lo implementamos acá, empezamos con campañas de las fechas conmemorativas, con los grupos de autoayuda, creo que a nuestros primeros eventos metíamos a la gente a la fuerza”, confiesa un poco divertida Carmen.

Como precursoras del feminismo en Hidalgo, así percibe a Cíhuatl su fundadora y presidenta, Carmen asegura que ello ha sido posible con el trabajo constante, así como la posibilidad de llevar el ejemplo a las demás mujeres de que es posible conseguir justicia, dignidad, equidad.

Entre los proyectos ejecutados por el grupo, “La Vacunación contra la violencia” ha sido de los más exitosos, ya que se consiguió que el Sistema DIF Hidalgo lo convirtiera en un programa permanente, que hasta la fecha se implementa anualmente.

De las actividades permanentes, desde hace 10 años se realizan grupos de autoayuda, que sesionan una vez a la semana por dos o tres meses -repetidos dos o tres veces por año-, en ellos las mujeres que acuden tienen la oportunidad de hablar, contar sus historias, entender su cotidianidad y, con base en ello, decidir cómo actuar en adelante.

Para Carmen, el mayor logro ha sido que en Pachuca se comenzara a hablar sobre violencia de una manera más abierta y clara, “la iniciativa de aborto que este año logramos que se aumentaran causales -se integraron las malformaciones congénitas-, también conseguimos que se aumentara el número de días que las mujeres tienen para solicitar la interrupción de embarazo en caso de violación”.

Durante estos años, Cíhuatl se ha vinculado con Gobierno del Estado, Presidencia Municipal de Pachuca, El Fondo de Población de las Naciones Unidas, el sector salud y los medios de comunicación.

Una profunda depresión levó en 1996 a Juanita Licon hasta Cíhuatl, “generalmente las mujeres que recurren a nosotras es por eso, porque tienen un problema emocional y no lo pueden resolver”. Ése es fundamentalmente, según ella, la misión del grupo.

No se pretende, enfatiza la ahora vicepresidenta, cobijar a las mujeres sino mostrarles lo que pueden hacer si se convierten en las regidoras de sus vidas, “cuando te das cuenta de las fortalezas que tienes, haces que esa mujer salga y haga lo que tiene que hacer con su vida”.

Insiste en que no se trata de darles remedios a sus vidas, sino guiarlas hasta que lleguen a un conocimiento profundo de sus propios seres y, así, enfrenten las situaciones que las llevaron a la depresión o la angustia, “no es darles un kilo de arroz y dos litros de aceite, esa no es la solución a la vida, la solución es que tú tengas ganas para enfrentarla y eso es muy difícil cuando uno cruza

por una depresión porque sientes que no vales nada, tienes temor hasta de salir a la calle, te conviertes en poco menos que nada”.

Los grupos de autoayuda deberían ser, según la visión de Licona, una medida preventiva, más que una correctiva, “así podríamos salir adelante y enfrentar todo lo que la vida nos está deparando”.

Sobre ello, Yadira Villamil, la psicóloga encargada del grupo, asegura que los grupos de autoayuda están estructurados de tal forma que si las integrantes dejan de asistir puedan llevarse al menos una enseñanza práctica, “es un programa que armé con los temas principales: autoestima, asertividad, toma de decisiones y proyecto de vida”. Y asegura que, lamentablemente, la mayoría no regresan, “por miedo a lo que encuentran o a que el marido se entere y se enoje”.

La investigación para realizar su tesis de licenciatura, que planeaba hacer sobre violencia contra las mujeres, llevó a Yadira hasta Cíhuatl, sin embargo, aunque no realizó su proyecto sí se quedó, primero, a hacer el servicio social y las prácticas profesionales y, una vez egresada, a trabajar formalmente.

Con dos años de experiencia en el grupo, sabe bien el esfuerzo que representa para una mujer violentada tomar la decisión de pedir ayuda, por ello, el primer tema en los talleres es la auto confianza, “su autoestima está por los suelos o un poco más abajo. La asertividad y el cómo toman decisiones en una crisis de violencia, porque quizá ni se dé cuenta de cómo las está tomando, simplemente tenga que decidir y eso la encamine a otro conflicto o situación de violencia. Finalmente el proyecto de vida, con la intención de darnos cuenta cuál es la problemáticas basada en la perspectiva de género”.

Al igual que Juanita, Yadira asegura que de lo que se trata es de hacer reflexionar a las participantes, conducir las a que se fijen una imagen de lo que quieren ser y hacer y de lo que, definitivamente, no volverán a permitir, “ya sabes qué hay en tu vida, qué te falta, ¿piensas quedarte ahí?, ¿piensas

hacer algo diferente? Se brindan opciones, son grupos que permiten llegar al análisis”.

Sin embargo, las acciones de Cíhuatl se ven obstaculizadas por la falta de recursos y de personal, dado que es una fundación sin fines de lucro, se ven impedidas de obtener ingresos y ello genera que no se puedan realizar todas las actividades que desearían ni con la frecuencia que se necesita.

Además, explica Yadira, otra limitante derivada de la falta de dinero es que el grupo no tiene personal de planta y que quienes lo integran tienen otro u otros trabajos, “eso nos impide estar de tiempo completo aquí, entonces nuestro tiempo no está concentrado en un proyecto específico”.

A pesar de ello, Yadira ordena su tiempo de modo que le dé tiempo para ofrecer apoyos psicológicos individuales, que cobra con una cuota simbólica de 50 pesos, partiendo del punto de que si algo no cuesta, no se aprovecha igual. Además, esa cantidad le sirve para solventar parte de sus gastos.

Juanita y Carmen, por su parte, imparten talleres, ya sea en las instalaciones del grupo o en algunas colonias de la ciudad. De los más importantes que han impartido últimamente, comenta Licon, es uno sobre Blindaje Electoral, que dieron en la temporada de elecciones en la colonia Cubitos y en el asilo para ancianos “Arcoíris”, en el que también alfabetizaron a algunos internos.

Cíhuatl continua con su labor de generar consciencia ciudadana en torno a los derechos de las mujeres, a brindar apoyo a quienes sufren algún problema emocional, médico o laboral -casos en los que son remitidas a las instituciones correspondientes, como el Instituto de las Mujeres o el Centro de Atención a Víctimas en Hidalgo-, al tiempo que sesionan los grupos de autoayuda y realizan eventos conmemorativos los 8 de marzo y 25 de noviembre, día internacional de las mujeres y día internacional en favor de la no violencia contra las mujeres, respectivamente.

Entre los proyectos futuros del grupo, se encuentra la formación de una red de ayuda entre mujeres que, explicó Juanita, sirva para brindarse apoyo de todo tipo y, así, no depender de sus familiares en caso de depresión o enfermedad, “porque a veces de diez minutos que hables con alguien, depende tu vida”.

1. 3. ¿Yo te salí de ahí, mami? No, tú me saliste del corazón.

Según la costumbre, Carmen se bañaba con Estelí, de poco menos de 5 años, repentina y extrañamente la vista de la niña se había fijado en un punto: la cicatriz que recorría el vientre de la mujer -desde el inicio del vello púbico hasta el ombligo- que, distraída, no se había dado cuenta de la mirada intrigada de su hija.

En el kinder le habían dicho a Estelí que los bebés nacían de las panzas de sus madres, de ahí que le surgiera la curiosidad por la cicatriz.

- ¿De ahí te salí?
- No.
- Entonces, si no te salí de ahí, te salí ¿de dónde?
- Tú saliste de otra panza. A mí, me saliste del corazón.

Y con esa idea clara en su mente, Estelí aceptó con facilidad su condición de “hija del corazón”, como la llaman sus padres, concepto que la niña integró con rapidez a su vida y en el que cree con firmeza y orgullo, “entendí que yo era tan deseada, tan deseada, que ahí estuve, en el corazón”.

Caminando, aún en Puebla, en un centro comercial, Sears, Estelí y Carmen pasaron por la sección de vestidos de maternidad, cuando de la nada la niña le sugirió una inusual compra a su madre: un vestido de maternidad. Quería un hermanito. Pero el vestido debía tener una característica especial: la parte

amplia no debía estar en la panza, sino en el pecho, “cómpralo para que te nazca otro hermanito del corazón”.

Estelí nació y creció en medio del juicio que llevaban sus padres, Carmen recuerda que a la niña le tocó vivir sus primeros años con una madre en depresión, ante tribunales, sin embargo y por lo mismo, no podían ocultarle nada, “nosotros queríamos verdades, no podíamos engañar a Estelí. Ella debía tener certeza de quién era, de quiénes eran sus padres. El cuándo -decírselo- nunca lo pensamos, el cómo, nunca. Afortunadamente fue fácil”.

Había transcurrido casi un año del parto de Azul cuando la madre de Carmen, como líder de las enfermeras-parteras de Hidalgo, se enteró que había una mujer que estaba por parir y no deseaba quedarse con el bebé.

José Luis recuerda que la oportunidad les llegó sin buscarla y, sin pensarlo demasiado, aceptaron, “queríamos tener una niña y nos dijeron que iba a haber un recién nacido y se animó Carmen y yo también”.

Estelí llegó a su casa a las 24 horas de nacida, con la salud perfecta, y así comenzó su historia dentro de la familia Imbert Rincón, a la que luego se sumaría Emiliano, “somos una familia diversa, los cuatro no tenemos nada en común sanguíneamente, somos una familia diferente”, dice con orgullo Carmen.

Los procesos legales de las adopciones se resolvieron sólo entre quien dio la adopción de palabra y quien los recibió, por la complicación y tardanza de los trámites, “nuestras adopciones no pudieron ser con toda la vía que tiene que hacerse, porque no dan facilidades, incluso toda esta parte del derecho a la adopción, deberíamos tener ciertas facilidades pero no, mucha burocracia. Tuvimos que recibir a Estelí así, hicimos el registro, claro pero no ante DIF y todo eso”, dice Carmen.

La clandestinidad obligada a la que se sometieron, les dejó el miedo constante de poder perder a sus hijos, de ahí que se eviten comentarios al respecto para no comprometer la seguridad de la familia. Con la mayoría de edad, Estelí ya no corre ese riesgo pero en Emiliano aún es un peligro latente, “además de todo lo que pasa, el sistema se cierra y tienes que vivir en cierto momento clandestinamente cuando debería ser un derecho”, reclama.

Aunque Estelí se niega a creerlo y lo toma como un comentario resultante de lo vivido, Carmen asegura que desde jóvenes, ella y José Luis habían acordado tener un hijo biológico y adoptar dos más, “cuando nosotros salimos de la universidad -estudiamos en Puebla-, José Luis salió antes que yo, cuando salí José Luis ya había ido a Nicaragua, acababa de terminar la revolución sandinista, él había estado como internacionalista allá, que era la ayuda humanitaria por parte de la brigada de la universidad, después yo fui, al año siguiente”.

La pobreza que vieron en el país centroamericano los llevó a tomar la decisión de, en un futuro, adoptar, “decidimos que si algún día vivíamos juntos íbamos a tener un hijo biológico y adoptaríamos dos hijos, lo teníamos claro, ya lo habíamos decidido. Entonces éramos muy jóvenes, tenía 21 años y José Luis 22, incluso pensábamos que si nos quedábamos más tiempo en Nicaragua, podríamos adoptar allá, pero éramos muy jóvenes”.

Nunca volvieron a tocar el tema, pero era un hecho consumado, lo harían, “no queríamos tener tantos hijos, este mundo es muy duro como para traer tantos hijos”.

Siete años y varios intentos de adopción legal -tanto en Pachuca como en Puebla- pasaron antes de que llegara Emiliano, incluso Carmen y José Luis ya se habían resignado a que Estelí fuera hija única, “cuando nos comentaron que había una mujer que quería dar a su hijo en adopción, lo empezamos a pensar pero no estábamos tan entusiasmados porque bien podía ser, bien podía no ser. Sabíamos que la mamá podía arrepentirse, entonces no fue

mucho entusiasmo hasta que Emiliano estuvo en nuestras manos que pensamos en la posibilidad real de tenerlo”, relata José Luis.

Nada particular había sucedido con Estelí, era una niña brillante, sensible, dedicada en la escuela. Todo había salido bien, no tendría porqué ser distinto. Recibieron a Emiliano y se convirtió en el último miembro de la familia.

Mientras tanto, Estelí se enfrentaba a la incompreensión de sus profesores y compañeros de clase, que no aceptaban sus razonamientos y explicaciones respecto a la manera de concebir y querer a los hijos, “decían, ¿cómo nacen los bebés?, yo sé, yo sé, cuando quieres un bebé mucho mucho, te va a salir de tu corazón, y se quedaban así como que no entendían. Incluso les hablaron a mis papás para decirles que porqué yo tenía esa información y pues les explicaron”.

Eso se los relató la niña, que para entonces tenía 6 años y cursaba el primer año de primaria, durante el desayuno de un sábado, recuerda Carmen, “me dijo: nadie me entendió en la escuela, nadie. Nos preguntaron que cómo nacimos y yo les dije que nací en un hospital de por aquí y que ustedes ya me estaban esperando y que se firmaron unos papeles y ya me trajeron a mi casa, con mis padres, que nací de otra panza. Pero nadie me entendió, nadie”.

Pasaron dos años, Emiliano y Estelí se desarrollaban sin contratiempos, cada uno hacía lo que le correspondía a sus respectivas edades, hasta que de pronto Emiliano tuvo dificultades para caminar. Poco tiempo después las guarderías lo rechazaban argumentando que el niño podría tener algún tipo de retraso mental.

Emiliano, a diferencia de Estelí, nació en una comunidad rural sin atención médica de calidad, sin seguimiento del embarazo. Tuvo que recorrer varios kilómetros hasta llegar al Hospital General de Pachuca, donde finalmente fue abandonado y encontrado por su ahora abuela. Todo ello, al paso de los años, cobró sus consecuencias.

Fueron dos años de llevarlo con pediatras para revisiones de rutina, en las que nada anormal se asomó, “tenía sus reflejos, comía a sus horas, tenía una luz en sus ojos muy brillante, muy inteligente, no había ningún signo que nos dijera que él tenía algún problema”, asegura José Luis, quien recuerda el esfuerzo que representó para Emiliano poder por fin caminar, “a los dos años exactos empezó a caminar, le costó mucho poder erguirse, una vez que pudo caminar empezó a nadar, a andar en triciclo o en su carrito. Aunque se tropezaba mucho, tenía debilidad muscular”.

Entonces José Luis cursaba el doctorado en Microbiología en el Instituto Nacional de Neurología, lo que facilitó el ingreso de Emiliano para que lo diagnosticaran. Fue canalizado al Hospital Infantil de México, donde en menos de 72 horas les dieron los resultados de los análisis: autismo con microcefalia. Aunque, según José Luis, nunca estuvieron seguros, ni médicos ni psicólogos se pusieron de acuerdo, podía ser también retraso en el desarrollo psicomotriz.

Para José Luis, lo devastante de la noticia tuvo un matiz aún más doloroso por la forma en que los médicos se las dijeron; argumentando ser realistas para evitar falsas expectativas en los padres, los residentes encargados del área les señalaron con rudeza que su hijo no tenía futuro, que “siempre iba a ser un retrasado, que a los 20 años iba a tener la edad mental de 2, que iba a ser ciego, que no se iba a desarrollar su sistema visual y auditivo, que tal vez no hablara”, recuerda con molestia José Luis, “lo último que dijeron fue que cómo nos habíamos atrevido a adoptar, dando una opinión que no tenía porqué hacerla, era muy nuestra decisión.”

Es como una sentencia, se explica José Luis. No sabían qué iban a hacer, no sabían cómo lograrían que Emiliano saliera adelante y no tuviera el destino negro que los médicos le habían deparado, “el sistema médico es así de cruel porque gran parte del trabajo lo realizan los estudiantes, entonces todo se

carga sobre ellos, que no están preparados para dar diagnósticos a las familias y a los pacientes”.

Para Carmen fue sentir que tenía que empezar de nuevo, que su vida tomaba otro curso y que debía enfrentarla nuevamente desde cero, “tal parecía que ya, cuando yo sentía que todo lo que podía pasar en esta etapa de mi vida, había pasado, pues no, no era cierto, todavía venía otro momento muy fuerte de entender que la vida es compleja y que la vida es un reto y aprender a sacar del dolor la fortaleza. Emiliano vino a enseñarme esa parte”.

El cuestionamiento eterno de por qué yo, por qué a mí, regresó a la mente de Carmen que no podía entender el nuevo reto que tenía frente a sí, entonces, recibió una llamada de la activista y feminista Martha Lamas. “Me dijo, ¿por qué a ti no, en qué eres diferente? No, -contestó- es que a mí no me pueden pasar más cosas. Y me dijo, mejor no preguntes por qué sino el para qué”.

Y eso es lo que Carmen y José Luis han recibido de Emiliano, los para qué, “reempezó mi proyecto de vida, el reafirmar que me gusta ser mamá. El reto con él ha sido cómo hacerle para que los eventos que he tenido que transitar no me quiten este gusto y esta opción que decidí en torno a la maternidad, a mí me gusta ser mamá, y el reto era cómo ser mamá de un niño con necesidades especiales y disfrutarlo al máximo, ha sido como arrebatarme de nuevo las cosas a la vida. Como dice Neruda, *Confieso que he vivido...* bueno, malo, pero siempre intensamente”.

Estelí recuerda esa etapa y la ve con la inocencia de sus siete años, “yo veía a mis papás preocupados, llorando incluso, pero yo decía ¿por qué lloran?, yo decía: él es natural porque así nació y así lo vamos a querer, no hay por qué cambiarle nada, lo único que hay que encontrarle es mejores condiciones y gente que se parezca a él para que pueda convivir, pero finalmente saber que siempre vamos a estar con mi hermano”.

Y así lo sigue viendo, aunque acepta que hay gente que lo rechaza por ignorancia o intolerancia, pero también sabe que Emiliano es una persona querida, al que han sabido rodear de gente que lo ama.

“Quiero mucho a mi hermanito, a veces se pasa de listo, pero lo entiendo, él es un niño, es muy tierno, lo veo como una estrellita que necesita ser protegida, también podría decir que una de las razones por las que estudié medicina fue por él. Yo le decía a mi mamá que yo quería ser neurocirujana, ahorita ya lo estoy pensando mucho, pero quería eso para saber qué es lo que pasa en la cabeza de mi hermano y para si había otras personas con el mismo problema, saber cómo ayudarlos”, dice Estelí con su suave voz, como en un susurro que se lleva bien con su piel blanca y sus enormes ojos negros.

Estelí recuerda cómo incluso en la propia familia hubo rechazo hacia Emiliano. Vivían varias familias en una manzana, que dentro tenía varias casas independientes pero comunicantes, así los abuelos y tíos podían cuidar a todos los niños mientras los padres que trabajan volvían de sus labores.

Mientras todos los niños -incluida ella- jugaban sin ser molestados en el patio común, Emiliano era relegado y cuando les parecía que habían pasado demasiado tiempo cuidándolo, le exigían a Estelí que se encargara de él, “se me hacía muy injusto porque veía cómo trataban a mis otros primos, a ellos sí les daban el cuidado y la atención que mis otros tíos les pedían”. Ahí entendió que ella y sus padres son la única y verdadera familia que tiene su hermano.

Carmen explica que por eso se cambiaron de casa, “eso es parte de la discriminación, los etiquetan, como tú no hablas, como no te puedes mover igual que nosotros, entonces no. Podían estar todos los niños y ya llegaba Emiliano y era: *ya vámonos porque ya llegó Emiliano* o *ya metan a los niños porque ya llegó Emiliano*”.

Entonces, platicaron con sus familiares y les aclararon que si no aceptaban a Emiliano, ellos tampoco podían estar ahí, “teníamos que ir buscando el

círculo para él y es lo que hicimos, abrirle un círculo a Emiliano porque hay mucha discriminación”.

Sin problemas para aceptar y declarar su condición de hija adoptiva, Estelí se ha visto en diversos momentos de su vida ante el cuestionamiento de amigos o familiares de cómo es que *anda diciendo* que no es hija biológica de sus padres, “Yo sé que soy una hija deseada y eso me hace sentir muy feliz. Yo me siento muy afortunada, privilegiada. A mi me causa mucha emoción y mucho orgullo pertenecer a una familia así. Yo siempre he dicho que soy una persona especial, por tanto he de venir de personas especiales y así es como yo veo a mi familia. No somos comunes”.

Tiene 19 años y estudia Medicina, es la jefa de su grupo, tiene uno de los mejores promedios de la carrera -aspecto que mantiene desde la primaria- y lleva una relación agradable con sus padres, “con mi mamá tengo mejor comunicación que con mi papá, porque yo he estado con ella siempre, desde niña. Llego y le platico todo, igual ella a mí, me pide consejos y yo a ella. Tengo una relación muy bonita, confío mucho en ella, la respeto, me respeta”.

Con su padre el lado lúdico es el mejor, “mi papá es muy juguetón, es puro juego. Con él me entendía mejor cuando era más niña porque me llevaba mucho a los parques, me compraba dulces. Me consiente mucho, confío en ambos pero tengo mayor comunicación con mi mamá, quizá por que sé que me va a entender mejor”.

Arquitectura, educación y muchas otras disciplinas pasaron por la mente de Estelí mientras cursaba la preparatoria, pero fue hacia el final de ella cuando se decidió por la Medicina, sin embargo, recuerda que cuando de niña le preguntaban qué quería ser de grande, ella invariablemente contestaba: lo que yo quiero, es ser feliz.

Carmen y Estelí han creado una complicidad casi amistosa entre ellas, aunque Carmen siempre le ha dejado claro que no pueden ser amigas porque no son iguales, “yo le digo: puedo ser muy solidaria contigo pero debes tener claro que soy tu mamá, eso te va a dar certeza y seguridad”.

Salen de vacaciones las dos juntas y solas, van tomar café por las tardes o salen a bailar por las noches, “nos la pasamos bien, su carácter es muy tranquilo, es muy equilibrado. Yo soy más acelerada, nos compaginamos muy rico, muy bien”, dice Carmen.

De haber tenido una condición económica más relajada, Carmen asegura que habría tenido más hijos, porque ser madre es algo que disfruta y la crianza es para ella un proceso en el que se siente capaz, “me gusta mucho hacer el cuidado emocional. Siento que eso es muy fácil para mí, vengo de una mamá muy fuerte emocionalmente, de una abuela muy tierna y muy fuerte y de un papá muy alegre, que me enseñó la alegría de la vida. En formar personas creo que soy muy hábil, creo que son mis mejores fortalezas, por ejemplo, que Estelí haya sido el mejor promedio de la prepa, que siempre ha tenido promedios muy altos, en Medicina va excelente, que sea una joven segura. Que Emiliano dentro de sus capacidades sea el que dirige en la escuela”.

Evitar el *maternazgo* pero fomentar la cooperación y el amor entre sus hijos es lo que intenta a diario Carmen, “me gusta mucho ser mamá, me queda claro, pero no por ser la mamá yo me tengo que cargar todo el trabajo doméstico, algún día se lo dije a Estelí, que ella no iba a poder tener ese tipo de mamá, de sentarme las horas a hacer la tarea con ella, de estar pegada con ella en la escuela, de cargarme todo el trabajo. No, no puedo, además de ser mamá quiero seguir teniendo un proyecto personal, profesional, de diversión, de muchas cosas. Siento que soy muy apachona, me gusta besarlos, abrazarlos. No me gusta mucho jugar con ellos pero sí salir a la calle, a comprarnos cosas, esa parte me encanta”.

Tener la certeza de quién es y por qué pertenece a la familia en la que se encuentra fue fundamental en la construcción personal de Estelí, quien asegura que gracias a ello ha podido cimentar una buena relación con sus padres, a quienes les recuerda que fue el destino quien los unió, “si el doctor no hubiera cometido esa negligencia, yo no estaría aquí, porque lo más seguro es que hubieran estado con mi hermana Azul y no creo que hubiera querido tener otra hija al año. Ella -Carmen- me decía que pensaba tener un hijo biológico y dos adoptados, *ajá*. Es verdad, finalmente estamos aquí por razones del destino. Yo me veo como una persona muy privilegiada, hay personas que nacen para vivir y otras que nacen para sobrevivir. Afortunadamente, yo puedo decir que nací para vivir y por tanto, para dar lo que tengo”.

2. La Escuelita de Emiliano

- 2.1 Su hijo no puede

El patio común de una escuela primaria se saturó de niños y niñas que desperdizándose salieron de sus salones de clase para disfrutar del único rato en más de cinco horas a lo largo de toda la mañana en el que podían jugar con libertad, sin soportar regaños o correcciones.

Algunos jugaban a la pelota, otros tantos caminaban solos entre sus compañeros. También había los que aprovechaban el momento para descansar de lo visto en clase. Todos hacían lo que sus impulsos les dictaban.

Junto a los enormes botes de basura, había un niño que -como los demás- usaba su tiempo sin restricciones. Con su cuerpo delgado muy cerca de los deshechos de todo tipo y la mirada fija en unas cuantas envolturas que se llevaba a la boca, Emiliano se entretenía durante su receso.

Carmen llegó a la escuela sin aviso, quería ver a su hijo antes de irse a hacer algunos trámites que requería para sus estudios de doctorado y así lo encontró, jugando y comiendo entre la basura sin que ningún profesor lo detuviera o corrigiera. Fue lo último que soportó que le sucediera a Emiliano.

La sucesión de posibilidades educativas para Emiliano había comenzado cinco años antes, cuando él tenía dos de vida y un diagnóstico confuso auestas que aseguraba sería sordo toda la vida y que jamás desarrollaría ningún tipo de lenguaje oral.

En busca de apoyo para darle a su hijo el sentido del oído, Carmen acudió al DIF municipal a solicitar unos aparatos auditivos. Los encargados le dijeron que sí podían dárselos pero que ella debía cubrir un porcentaje del costo total, “en ese tiempo yo estaba terminando la maestría, tenía un permiso en

mi trabajo, estaba con beca de Conacyt, que era muy baja. No tenía la cantidad”.

A los tres meses, Carmen era nombrada directora del Sistema DIF en Pachuca por invitación del entonces presidente Juan Manuel Sepúlveda Fayad. Al término de esa administración fue ratificada en el cargo por José Tellería, “ahí entendí el para qué”, confiesa Carmen.

Durante su dirigencia, se abrieron seis guarderías infantiles, a las que se dotó de espacios para niños con capacidades especiales que eran atendidos por terapeutas de lenguaje, de lecto escritura y otros especialistas que atendían a menores, que no requerían salir de sus colonias, dado que fueron ubicadas en los barrios más pobres de la ciudad.

Con el sueldo del DIF, Carmen y José Luis tuvieron la oportunidad de llevar a Emiliano a un colegio Montessori, en el que estuvo hasta los seis años, “era carísimo”, recuerda Carmen. Sin embargo, fue ahí donde, según relata José Luis, el niño avanzó en varios aspectos, “iba avanzando, estuvo socializando con niños, aprendió reglas, a respetar. Ahí empezó con habilidades de tipo motriz grueso, con pequeños rompecabezas de 5, 6 piezas, a tomar el lápiz, a identificar figuras, los colores, los animales. Un buen hábito que adquirió ahí fue que cualquier cosa que tomara, la tenía que regresar a su lugar y aún lo conserva”.

Aunque los progresos eran significativos y mucho mejores que en otras escuelas de la ciudad, José Luis asegura que no era el ambiente ideal para el niño, dado que a pesar de que el sistema es flexible, la cantidad de profesores es rebasada por la de alumnos, lo que disminuye eficacia al método.

En Montessori, explica José Luis, Emiliano también aprendió a tener consideración por los otros niños, por aquellos a los que sus movimientos se les complicaban más que a él, “tenía la atención de ayudarles, de alguna

manera él percibía que había otros niños con más dificultades que él y los cuidaba, los ayudaba, a enseñarles cómo jugar”.

Y es que Emiliano tenía un proceso de auto conocimiento que Carmen le había impulsado mediante la colocación de enormes espejos por toda su casa. José Luis considera que ello ayudó a que el niño se reconociera a sí mismo en el mundo y supiera con mayor exactitud lo que su cuerpo podía hacer, “pasaba horas frente a los espejos, moviéndose, dando vueltas. Miraba sus movimientos en el espejo”.

Sin embargo, la edad para que Emiliano siguiera en Montessori se agotó. Aquello era un kinder y no podía quedarse más allá de los seis años. Así que el peregrinaje por conseguir una escuela digna continuó.

Primero se intentó que Emiliano ingresara a una escuela regular apoyado por un asistente, los directivos de la escuela aceptaron que Emiliano acudiera pero condicionado a ir solo, “el primer día fue desastroso, se intentó escapar, se golpeó. No se habían dado cuenta que era un niño con necesidades especiales, la maestra nunca se percató -aún cuando ya lo habíamos hablado- de quién era el alumno con necesidades especiales que iba a llegar, total que cuando llegué el niño estaba sangrando y llorando, al final me dijeron que no tenía capacidad para socializar, que lo llevara a la escuela especial”.

Dos días después Emiliano llegó a la escuela especial. Ahí permaneció durante seis meses en los que lejos de avanzar o, cuando menos, estancarse, comenzó un retroceso acelerado que terminó con su habilidad -bastante madura hasta entonces- de caminar.

Carmen explica que ello se debió a que Emiliano tiende a imitar las conductas que ve a su alrededor, sin importar que sean positivas o negativas él intenta reproducirlas y como en esa escuela había niños de todos los tipos de discapacidad física y mental, Emiliano tuvo de dónde elegir patrones de comportamiento.

En una ocasión, Carmen había ido a verificar que todo fuera bien con Emiliano antes de irse a las clases del doctorado que estudiaba por esas fechas. Cuando llegó a la escuela los niños estaban en recreo y desde lejos vio cómo su hijo era golpeado por un niño varios años mayor que él, como consecuencia de una pelea iniciada por ambos con el objetivo de adueñarse de una pelota de plástico.

Lo increíble no eran los golpes y rasguños que alcanzaba a darle el otro niño - de 16 años- a Emiliano, sino que las y los maestros estaban por ahí, merodeando en el patio sin fijarse o detenerse en lo que pasaba con ellos. Luego sucedió el incidente de la basura que decidió a Carmen a darlo de baja de la escuela y a buscar otras alternativas.

José Luis hace el repaso de las instituciones a las que Emiliano acudió en busca de una formación digna y recuerda su paso, el último del recorrido, por el Centro de Atención Múltiple (CAM) número 8, en él, recuerda, desde las reglas de puntualidad y asistencia se podía entrever que no era una buena opción, sin embargo, no había muchas para elegir.

“Iba de de 9 a 12:30 del día, era muy poquito, nos generaba más problemas que beneficios, los reglamentos de la escuela son muy rígidos, no están hechos para estas situaciones, de todos modos lo manteníamos ahí, en distintos horarios”.

Los Centros de Atención Múltiple dependen de la Secretaría de Educación Pública y, de acuerdo con información publicada en su portal oficial de Internet, su objetivo es brindar atención psicopedagógica a los alumnos que presentan necesidades educativas especiales “asociadas a diferentes discapacidades”²⁶ en los niveles de inicial, preescolar y primaria.

²⁶ Secretaría de Educación Pública. www.sep.org.mx

Se atiende a personas desde los 45 días de nacidos y hasta los 15 años de edad, que presenten discapacidad auditiva y de lenguaje, deficiencia mental, impedimentos neuromotores, problemas de aprendizaje y problemas de conducta. También se atiende a ciegos y débiles visuales.

Según lo publicado por la institución, la educación es impartida por un equipo multiprofesional, integrado por “especialistas en diferentes discapacidades”, así como por psicólogos, trabajadores sociales, asistentes educativos y médicos.

Sin embargo, José Luis no tenían la misma opinión sobre la educación que recibía ahí su hijo “el aspecto oficial de los CAM está muy descuidado. Veíamos que no era atendido, que estaba desatendido igual que los otros niños y decidimos sacarlo y ponerle su lugar a él”.

De tal modo, que lo que restaba por hacer era iniciar una aventura que lucía no sólo complicada sino costosa. Carmen pensó como primer paso sacar los muebles de la sala de su casa, buscar un profesor y comenzar.

José Luis recuerda que lo que pretendían era darle a Emiliano, finalmente, un espacio donde pudiera desarrollarse porque “a los hijos hay que darles de comer, de vestir, llevarlos a que jueguen, a que convivan con la gente, pero también hay que buscar que se desenvuelvan, que se fortalezcan en todos sentidos. Queríamos que siguiera yendo a un lugar donde aprendiera”.

2. 2. Surge la Escuelita

Era junio de 2005, las posibilidades se habían agotado y sus padres no podían privar de la posibilidad de una escuela a Emiliano, así que lo que más complicado comenzaba: la autogestión.

Carmen le pidió a su hermano que le prestara un terreno que tenía y que aún estaba en obra negra, le colocaron un techo de lámina y comenzaron la búsqueda de algún psicólogo que tuviera el perfil que deseaban.

Durante el proceso, Gema Cruz Castillo, prima de Carmen y pedagoga, elaboró un plan de estudios que en principio era sólo para educación preescolar, así se comenzó. Tal como lo dice José Luis, estaba creando un espacio para Emiliano en el que ellos también comenzaron a aprender, “nace con él como primer alumno con una maestra, con actividades, se fue creando un programa de trabajo, nosotros estuvimos aprendiendo el límite de los sistemas educativos, que no es el único caso, que hay millones de casos en el mundo y que hay muchos padres que están en situaciones similares y que también están creándoles espacios a sus hijos, dándoles oportunidades. Entonces estos niños son tan valiosos como uno, es lo que aprendimos, es la enseñanza que nos ha dejado vivir con Emiliano”.

Un anuncio normal en el periódico fue colocado en busca de quien fungiría como profesor o profesora. Gracias a él llegó Gabriela Aguilar Esparza, psicóloga, quien continúa dentro de la Escuelita, ahora como directora.

Ella llegó en octubre del mismo año y trabajaba únicamente con Emiliano. Poco tiempo después se integró a las clases José Tellería, ex alcalde, que después de su accidente cerebral necesitaba de rehabilitación para recuperar sus funciones psicomotrices.

Los dos integraron durante algunos meses la escuela, trabajaban juntos desarrollando ejercicios de las cinco áreas que comprende la enseñanza del centro: actividades de rutina, desarrollo y percepción de los movimientos corporales y de la memoria, así como el desarrollo y aprendizaje de la lecto-escritura y el lenguaje. Cada uno lo hacía a su nivel y de acuerdo con sus necesidades, apoyado por Gabriela de manera individual, como hasta ahora se trabaja.

Entonces llegó el momento de buscar apoyo de otros padres que estuvieran en la misma situación porque los gastos generados por la escuela no podían ser solventados por los Imbert Rincón por mucho tiempo más, “pusimos una manta afuera, así llegó una, ésa le habló a otra”, explica Carmen.

Pero no fue la única manera en que llegaron más niños, explica José Luis, también un poco de difusión en medios de comunicación locales -prensa y televisión- hizo que se integraran más. También las recomendaciones de voz que hacían las personas cercanas al proyecto comunitario.

Llamarla escuela desde su comienzo tiene una razón muy simple para Carmen, “cuando me dicen que por qué escuela, porque Emiliano tiene derecho a tener una escuela, igual que cualquier niño, pero no es una escuela como tal, es un proyecto comunitario, donde los estamos habilitando para la vida, ésa es la diferencia, por lo mismo que sus necesidades son especiales, no necesitan lo que da un sistema escolarizado, les queda pequeño a ellos”.

Para mantener la atención individualizada el cupo está limitado a cinco estudiantes como máximo aunque, extra a esa cifra, se ha abierto una opción distinta: incorporar a niños de educación regular en apoyo a tareas o regularización escolar.

Los niños regulares que asisten no lo hacen de manera constante, sólo van cuando requieren apoyo para aprobar sus grados escolares o cuando sus padres deciden que necesitan apoyo para que sus hijos realicen sus tareas junto a alguien capacitado para ello, “los meses en que más niños regulares tenemos es por abril, mayo y junio, cuando ya están a punto de reprobar. Pero luego dejan de venir y llegan otros nuevos”, dice Gabriela Aguilar.

La idea de integrar a niños regulares con especiales es para que ambos comprendan que hay personas diferentes y que la diferencia no es una cuestión de edad, de condiciones sociales o de apariencia, sino que las diferencias existen y que deben aprender a convivir con ellas.

Sin embargo, ese objetivo no es una meta sencilla, asegura José Luis, dado que los niños regulares llegan con prejuicios provocados por sus padres, por lo que en un principio muestran miedo que los niños especiales intenten golpearlos o hacerles algún otro tipo de daño físico.

“La posibilidad está pero no lo hacen porque tienen otras posibilidades, tienen otras habilidades, entonces cuando vienen conviven por momentos, pero integrarlos es más que nada para que puedan convivir, puedan tener contacto con niños de su misma edad. A veces no interaccionan con los niños especiales principalmente por eso, porque se les ha dicho que no se puede, que cuidado y se acercan, no sé, y por prejuicios ellos no conviven del todo. Vuelvo a la canción de Serrat, a menudo los hijos se nos parecen y así nos dan la primera satisfacción... o decepción, cuando vemos que está repitiendo nuestras malas formas de ser, estamos reflejando, son nuestro espejo los hijos. Por eso, al primer ambiente al que se enfrenta un niño especial es su familia, si esta lo acepta o lo rechaza ahí está ya el futuro del niño”.

El proyecto de la Escuelita es básicamente, explica José Luis, para darles a los niños especiales una opción de educación, convivencia, juegos y amistades como la tiene cualquier otro niño o niña.

En lo económico funciona de una manera muy sencilla: cada padre de familia al principio del curso escolar debe surtir de material de trabajo al centro, a fin de que todo el curso -que dura seis meses- los niños tengan lo necesario para sus actividades. El pago de las especialistas corre también a cargo de los padres, que se dividen el costo total en partes iguales. La manutención general del centro -recibos de agua, luz, predial- son absorbidos por Carmen y José Luis. En caso de celebración de comidas o festejo por temporadas especiales, el costo es dividido en partes iguales y solventado por todos.

2.3. La Escuelita

La de Emiliano es una escuela de atención especial con atención individual que se enfoca únicamente a cinco padecimientos: microcefalia, macrocefalia, problemas de lenguaje, hiperactividad y problemas de aprendizaje.

De acuerdo con su directora, la misión de la escuela es brindar atención a niños y niñas con necesidades especiales a través de la estimulación y desarrollo de sus inteligencias múltiples en un ambiente lúdico. Ello lo consiguen a través de elementos y herramientas que llamen su atención, con la finalidad de que aprendan jugando.

El programa educativo se basa en el plan de estudios que desarrolló Gema Cruz Castillo, pedagoga e integrante de la Fundación Emiliano, y que constantemente se actualiza con el fin de no perder detalle en los avances que presentan los niños.

Son cinco grandes áreas las que cubre el plan de estudios: actividades de rutina, desarrollo sensorio motor y percepción motora, percepción y memoria, desarrollo sensorio motor y percepción motora II, desarrollo y aprendizaje de la lecto-escritura y, finalmente, lenguaje.

Las actividades de rutina ayudan a hacer que diversas personas, acciones, objetos y lugares puedan entrelazarse para llevar a cabo una acción completa que tenga significado para el estudiante. Así se construyen las bases de memoria para emprender otros aprendizajes.

Una vez terminadas esas actividades, se realiza una serie de ejercicios que permitirán al niño entrar a las siguientes con un ánimo relajado. Así, comienzan con la gimnasia cerebral, que estimula el funcionamiento de ambos hemisferios cerebrales, lo que facilitará la asimilación de las terapias.

El entrenamiento o terapia visual llega entonces, en ella se trata de desarrollar, mejorar e intensificar las capacidades visuales de los niños, “es un instrumento extraordinariamente efectivo en la ayuda de personas con problemas de distinta índole y sobre todo, en aquellos que presentan problemas de aprendizaje relacionados con la visión”, explica Aguilar.

Al concluir las actividades diarias de esta primera etapa del plan, se continua con la segunda fase, que es el desarrollo sensorio-motor y percepción motora, que comienza con la motricidad gruesa, con la que los niños lograrán estabilidad y equilibrio, así como una manipulación eficiente de sus músculos y miembros, “las capacidades motrices gruesas se desarrollan rápidamente cuando los niños se hacen más conscientes de su propio cuerpo y empiezan a darse cuenta de lo que pueden hacer”, asegura la titular de la Escuelita.

La siguiente meta es la percepción y memoria. La percepción de la vista le permite al alumno adquirir consciencia del ambiente, lo que lo llevará a reaccionar de manera adecuada frente a los objetos que distinga. Una vez distinguido el objeto, se pretende que esa información pueda ser organizada e interpretada.

A ella debe sumársele la percepción auditiva, que es la capacidad para interpretar u organizar los datos sensoriales que son recibidos del ambiente a través del oído.

Una vez fortalecidos esos aspectos, es el desarrollo sensorio motor y percepción motora avanzada, así como el desarrollo y aprendizaje de la lecto-escritura, con lo que se continúa.

El proceso de la enseñanza-aprendizaje de la lecto-escritura está fundamentado en su conceptualización dentro de un marco perceptivo-visual y motriz, encaminado a madurar en los niños habilidades de naturaleza perceptiva y viso-espacial. Con ello se consigue, por ejemplo, que los niños

sean capaces de coordinar movimientos finos, como sus dedos, para que comiencen a hacer trazos sobre papel y, más adelante, puedan escribir.

Los problemas de lenguaje no tienen siempre su origen en la dificultad de generar los sonidos sino que, en algunos casos, se deben a la deficiente percepción auditiva, por ello, debe verificarse primero si el niño recibe con claridad y exactitud los sonidos del ambiente, de manera que sea capaz de aprender, retener, evocar y transmitir información.

Ya que el niño o la niña sea capaz de entender y transmitir la información que recibe y genera, debe hacerse un trabajo de estimulación bucofacial, con el objetivo de que adquiera la agilidad, rapidez y coordinación necesaria en los movimientos de lengua y labios, factor determinante para facilitar el habla.

Para el habla correcta, también es necesario que el alumno tenga una buena respiración, dado que del aire aspirado depende la emisión de la voz y la articulación del habla. Por tanto, es necesario saber si existen dificultades, malos hábitos o falta de control en el proceso respiratorio, que puedan influir negativamente en el lenguaje oral.

También se cuenta con un área de cómputo, que fue organizada por alumnos del Instituto Tecnológico de Pachuca el año anterior, durante la realización de su servicio social en la Escuelita. Las computadoras, a pesar de no contar con lo último de la tecnología, ayudan a los niños a reconocer y asociar figuras, colores y conceptos mediante un programa de juegos en los que realizan cuentas básicas, complementan *memoramas*, lluvia de letras o asociación de ideas.

La Escuelita pretende realizar planes con seguimiento y niveles, de tal forma que los niños que aprueben el primer nivel puedan continuar con conocimientos más avanzados y complejos para que su aprendizaje concuerde con su edad, explicó Gabriela.

Pero ello es aún una idea a futuro, actualmente se imparte sólo el primer nivel en el que se ven, en un plano básico, todos los puntos referidos. Los niños son evaluados cada seis meses y los resultados les son entregados a los padres de familia en gráficas comparativas.

Además de todo lo educativo que se les imparte, a diario los niños son instruidos en lo cotidiano: hábitos de higiene y comportamiento, “a la hora del *lunch* tienen que recoger y lavar su plato, limpiar su mantel y la mesa, recoger su silla. Igual con el material de trabajo y todo eso lo pueden hacer fuera de la escuela y eso les abre el espacio para convivir con otras personas, porque son ordenados”, explica Gabriela.

Para cuando los niños presentan actitudes negativas respecto al trabajo y estallan en un berrinche, se maneja el *tiempo fuera*, en el que se le permite desahogarse hasta que tienen la disposición de regresar a las actividades.

Durante las tardes, la psicóloga encargada es Gema Lizette Caballero López, quien llegó a la institución hace dos años para realizar su servicio social y una vez egresada fue contratada para atender a los niños en ese horario, “mi experiencia es muy buena, no he me llevado decepciones de los niños, hay quienes dicen que los niños especiales son malos y que te muerden y te jalan el cabello pero me tratan super bien y yo a ellos”.

Los lunes, miércoles y viernes Gema da clases a Jonathan, un niño de seis años con retraso psicomotor de uno o dos años, que llegó a la Escuelita en agosto pasado. Con él se trabaja en la estimulación del aspecto motriz, al igual que en el aprendizaje de las letras, los colores, las vocales; lo básico de primer año de primaria para que pueda incorporarse el año siguiente a una escuela regular, dado que el bajo nivel de su padecimiento así se lo permite.

A Jonathan no le gusta ensuciarse, por lo que Gema trabaja para que el niño empiece a trabajar masa, pintura, “también se trata la atención, porque es

inteligente pero se dispersa mucho y cualquier cosa lo distrae y por eso empieza a trabajar más lento”.

Un chico de 16 años, es el otro alumno que integra las clases de la tarde, él padece discapacidad intelectual, su coeficiente intelectual es del 53 por ciento. No sabe leer, no sabe las letras, los números le fallan, los colores sí los sabe pero no reconoce los días y meses, según explica Gema.

Alan es parte de la escuela desde mayo de 2008, llegó al curso de verano que se hizo y se quedó. En los cursos de verano no se trabaja nada en especial, la idea es que los niños tengan momentos de diversión sin mayor presión educativa.

De acuerdo con Gema, el objetivo con Alan es que sea más *despierto*, “no lee, no escribe. Copia y colorea muy bien, tiene mucha precisión y es muy detallista, no le gusta salirse de las líneas de los dibujos, es muy meticuloso en su trabajo. Puede tardarse tres días en hacer un dibujo, media hora en pegar detalles, se distrae mucho, la idea es enfocarlo en lo que está haciendo. Además remarca las líneas y las formas mucho, no le gusta que se vea claro el trazo del lápiz o el color”.

Se trabaja en que Alan deje de remarcar tanto sus trazos, que haga las cosas en un menor tiempo y que termine de aprender los números -ya sabe hasta el 10-, las letras -ya reconoce con facilidad la M, la T y la S- y los días de la semana.

Por su parte, los dos niños que están en el turno matutino son Emiliano y Jorge, a los que se les integran de manera irregular Luis Adrián de 6 años -con problemas de hiperactividad- y Mayté, de 10 años, con problemas de lenguaje.

Jorge tiene nueve años -dos dentro de la escuela- y padece macrocefalia, explica Gabriela, “su tratamiento ha sido anticonvulsionante, le hicieron una

cirugía en la que le drenaron el líquido del cerebro, tiene estrabismo, tiene una edad mental como de 4 años”.

Cuando era más pequeño, Jorge convulsionaba con cierta frecuencia, sin embargo, hacía cuatro años que no le ocurría. Hace un par de meses convulsionó nuevamente, Gabriela asegura que se debe a que su cerebro está desarrollándose con más rapidez por la etapa de vida en la que está entrando.

Emiliano tiene 13 años y padece microcefalia con lesión en el hemisferio izquierdo y déficit de atención con hiperactividad, según Gabriela su medicación es muy baja, “los niños hiperactivos tienen problemas para concentrarse, no terminan sus actividades, saltan de una a otra. Tienen trastornos de sueño y de alimentación como consecuencia de la medicación”.

Tanto Jorge como Emiliano llegaron luego de recorrer varias escuelas. Ambos asistieron a un Montessori y a un CAM, sin embargo, Gabriela asegura que ellos no son totalmente conscientes de todo lo que han transitado.

Gema y Gabriela se ocupan también de los padres les dan asesoría sobre cómo tratar a sus hijos de acuerdo con sus respectivos padecimientos. Les impulsan a reforzar en casa los hábitos y conocimientos que adquieren durante las clases. También les dan apoyo psicológico para que conduzcan con mayor serenidad las problemáticas de sus hijos.

2.4. Los otros Emilianos

2.4.1 Jorge Candelaria Ramírez

Una vez la misma respuesta. Una vez más el llanto llegaba sin que Dolores pudiera evitarlo. Una opción más descartada. Los meses -los años- pasaban y Jorge seguía recibiendo el mismo resultado de los médicos: nada que hacer, sólo ayudarlo, estimularlo para que logre independencia en lo más básico.

La macrocefalia de Jorge le impide estudiar o desarrollar un grado mayor de habilidades intelectuales, “siempre una como mamá tiene la esperanza y busca opciones, por ejemplo, fui al CRIT y fui a muchos lados, siempre vas con una ilusión, una esperanza de que te digan su hijo tiene esto pero si usted hace esto mejorará, pero al contrario, bajan toda ilusión”.

Era el tercer embarazo de Dolores, gemelos. Todo pareció normal los primeros dos meses, al tercero las diferencias de evolución comenzaron a ser notables con respecto a su hermana, “en el momento en que yo vi que algo andaba mal, empezó el temor. Cuando ya te dicen: su hijo tiene esto, no va a poder hacer esto, es una sensación de mucho dolor e impotencia porque no puedes hacer nada, no es como otras enfermedades. En las enfermedades neurológicas no”.

La búsqueda de más opiniones médicas con la esperanza de un error comenzó. Dolores y su esposo llevaron a Jorge con diferentes especialistas pero la respuesta era siempre la misma: macrocefalia. Lo siguiente era actuar, hacer algo lo más pronto posible, aprovechar que tenía menos de seis meses.

Vino entonces su primera y última operación. Abrir su cerebro para drenar el exceso de líquido, “luego le quería poner la válvula pero ya no quise y lo llevé a México, ahí me dijeron que la primera operación no había sido necesaria, que sí había tenido un daño cuando nació y que lo único que él necesitaba era mucha estimulación”.

La primera lucha de Jorge y Dolores fue que sostuviera la cabeza, de ahí controlar sus movimientos fue el siguiente paso que los llevó al gran logro: caminar. Lo consiguieron luego de dos años de continuos masajes y ejercicios en casa, de las 9 de la mañana a las 8 de la noche sin descanso.

Ingresarlo a un colegio Montessori fue en ese momento la mejor opción que Dolores encontró para su hijo, le informaron que el sistema fue creado en un

principio para niños especiales, aunque la fama del lugar venga de formar a niños regulares, “lo metí ahí para que estuviera con otros niños y fuera más sociable, que empezara su desarrollo, hasta donde el niño pueda estar”.

Como madre, asegura, quisiera ver cambios significativos en Jorge, desearía que su evolución fuera rápida y sólida, sin embargo sabe que debe ser consciente del padecimiento de su hijo y esperar con paciencia a que las terapias poco a poco hagan su trabajo.

Luego de dos años y medio en Montessori, Dolores se da cuenta que Jorge ha llegado a un tope en su desarrollo y decide buscar otra escuela, así -luego de recorrer sin éxito otros colegios- llega al CAM, “yo empecé a buscar donde meterlo pero no me lo aceptaban, entonces lo metí ahí, al ocho, lo tuve dos años, igual se adaptó muy bien pero son muchos niños y yo lo que quería era una atención personalizada, que él pudiera aprender más”.

Una mañana abrió el periódico y le llamó la atención una fotografía de Emiliano, lo conocía por ser compañero de Jorge en Montessori y en el CAM. Leyó el texto, hablaba de una escuela con atención individualizada, justo lo que ella había estado buscando, “traía unos teléfonos, me comuniqué, fui y me gustó. Es un espacio pequeño pero es de ellos, ahora sí que son ellos dos y a veces otros niños que se integran, pero lo bueno es que están al pendiente de ellos, les hacen los estudios para ver en qué tienen que trabajar y todo”.

Dolores ha visto avances importantes en Jorge. Ahora comprende fácilmente todo lo relacionado con la vida común, con su cotidianidad. Además, en lo físico ya no presenta mayores complicaciones: camina, corre, se baña, se viste y come sin ningún tipo de ayuda.

Jorge tiene ahora nueve años y trabaja a diario para conseguir una mayor concentración en cada actividad que realiza, “en lo que va mejor son los trabajos manuales, el ejercicio, que lo pongan a través del juego. No tiene

buena concentración, luego luego se dispersa, entonces no lo puedes poner a enseñarle las letras o eso, tiene muy poca concentración”.

Dolores explica que su vida familiar se reorganizó con ciertas dificultades pero asegura que fue posible gracias a que todos -su esposo y sus tres hijas- comprendieron que Jorge necesitaba de todo el apoyo y la comprensión, “en la casa, está consentido, yo soy la que lleva el sí y el no, el corregirlo. Él lo sabe. Pero su desarrollo familiar es bueno porque tanto su papá como sus hermanas lo aceptan y lo quieren. Sus hermanas tienen 22, 19 y 9 años”.

Al observar los cambios que han tenido como familia, Dolores asegura que el más significativo ha sido, quizá, enfrentarse con sus propias culpas al dejar un poco de lado a sus otras hijas, “por estar tan adentrada en el niño, descuidas otras cosas, por ejemplo, con mis hijas, cuando él nació estaban muy chiquitas y no siempre puedes abarcar todo, deberías porque son tus hijos pero estás centrada en el niño, en sus ejercicios, en todo que esté bien. La relación familiar se complica porque los otros hijos ven que estás todo el tiempo sobre él y piensan que no les haces caso, que no los quieres”.

El momento de mayor culpa fue cuando a los seis años, la gemela de Jorge fue diagnosticada con una coartación de la aorta, “yo me sentía culpable, por estar pendiente de Jorge nunca le vi un síntoma y me sentí culpable, cómo era posible. Ya luego me dijeron que no había sido eso, que lo traía de nacimiento pero nadie le había detectado nada”.

Del día a día, de eso se ocupa Dolores, quien ha entendido que por el padecimiento de su hijo no puede fijar sus metas en un futuro muy lejano, aunque el futuro de Jorge sea un tema que le angustie, “no lo puedo dejar solo en la calle porque es peligroso, porque corre, se suelta de la mano, entonces tengo que estar al pendiente, son cosas que siempre hay que estar pendiente. A futuro yo no sé cómo vaya a ser, esa es la preocupación, que cuando uno no esté qué va a pasar con ellos, pero pues mientras hasta donde se pueda lograr, encarrilarlo, que sea seguro”.

En ocasiones, flaquea, pero confiesa que sólo le basta observar el esfuerzo continuo de Jorge para reponer sus fuerzas, “es más difícil y ni modo, a echarle ganas y más que nada por ellos, porque como quiera que sea ellos son los que han sufrido, a los que operan, a los que les ponen esto o les hacen lo otro y ahí están ellos haciendo todo, saliendo adelante, lo logran y de repente una es la que dice ay ya. Pero tiene uno que seguirle por ellos”.

- Alan Martínez Amador

No podía ser, ¿qué había hecho mal? Seguro era su culpa que el niño estuviera enfermo, sin remedio. Un retrasado mental en la familia. Su marido no lo aceptaría. Ya tenían un hijo cuatro años mayor y estaba perfectamente, ¿qué había pasado entonces? Tenía que ser su culpa, pensaba Alma.

Era la segunda vez que Alan cursaba segundo año de preescolar y ya no estaban dispuestos a recibirlo. No leía, no escribía, no era posible pasarlo a tercero. Alma, por su trabajo como enfermera tenía acceso a atención médica en el Seguro Social y en el Hospital del Niño DIF. Fue a ambos. El mismo resultado: retraso mental -entonces aún usaban ese término- con el 53 por ciento del coeficiente intelectual.

Buscar una escuela -nunca una especial- donde Alan pudiera cursar su educación de manera normal. Estuvo, incluso, dispuesta a pagar un kinder particular para que Alan retrasara lo más posible su ingreso a una escuela especial. Todo lo hizo sola, su marido, tal como lo pensó, no lo aceptó.

Terminó el tercer año de preescolar, le dijeron que lo aprobaban pero que lo llevara a un lugar enfocado a sus necesidades porque no iba a poder con la escuela regular. Seguía sin leer ni escribir.

Alma se enteró de la existencia del Centro de Reeducción Neurológica, un lugar especializado en la Ciudad de México, y entusiasmada llevó a su hijo, sin embargo no pudo con todo. Las terapias complementarias con Alan las tenía que hacer durante casi todo el día, debía tener la comida y los asuntos de la casa listos y, además, tenía que buscar espacios para trabajar en un consultorio dental de manera informal, de otro modo no podría seguir pagando -sin ayuda de su marido- la colegiatura de 10 mil pesos cada cuatro meses.

Los avances eran notables. Alan por fin tenía el peso y la talla que correspondían a su edad, presentaba progresos en su aprendizaje de la lectura y la escritura, su comportamiento social mejoraba con rapidez. Alma explotó, no pudo más. A pesar de lo mucho que se esforzó no resistió hacer todo sola y tuvo que sacarlo del centro.

Una amiga le permitió que entrara a primer año de primaria como oyente, para entonces Alan tenía ya ocho años, ahí fortaleció sus habilidades sociales pero no progresó en el aprendizaje. Harta de la situación, Alma fue a la Secretaría de Educación Pública a que le brindaran una opción.

Un pase automático en la escuela más cercana a su colonia que contaba con el programa Usaer fue lo que consiguió. Ahí estaría en una escuela regular, tal como siempre había querido, y también tendría atención de especialistas.

Transcurrieron los primeros cuatro años sin contratiempo. Alan seguía sin leer ni escribir pero llevaba una relación cordial y amistosa con sus compañeros de clase, quienes invariablemente lo apoyaban en los exámenes y lo ayudaban con las tareas. Las profesoras habían logrado que el niño se integrara sin conflictos a su clase y la clase a él. Incluso, Alma había conseguido que Alan fuera solo de su casa a la escuela.

Hasta que durante las vacaciones para entrar a quinto año, Alan se fractura una pierna y debe guardar reposo seis meses. A su regreso le informan que

tiene un profesor, nuevo en la institución y con antecedentes de constantes cambios de escuela. El profesor pide hablar con Alma para informarle que reprobará a su hijo y que mejor se lo lleve.

Enojada con la actitud del profesor, Alma habla con el director de la escuela y con las asesoras del programa Usaer. La tranquilizan y hacen que el profesor cambie su actitud, por lo menos de dicho, ante Alan.

Tiempo después Alma nota que su hijo está cada vez más callado, más inseguro, nervioso. El profesor había logrado poner a sus compañeros en contra de Alan, lo exhibía frente a todos diciendo que no podía hacer las cosas, que era incapaz en todo.

“Me dijeron que podrían cambiarlo pero que había que entender que Alan iba a tener que enfrentarse en su vida con todo tipo de personas, entonces dijo la maestra y el director que estarían al pendiente pero que lo iban a dejar ahí”, fue todo lo que dijeron en la escuela.

Y así fue, lo dejaron frente a grupo y provocaron en Alan un retroceso que su madre asegura le dura hasta hoy, casi cuatro años después, cuando ya es un adolescente de 16 años que aún no recupera la confianza en sí mismo.

Luego de terminar la primaria, estuvo seis meses sin escuela. Contratar a una profesora particular, llevarlo al CAM, buscar otra escuela, todo eso pensaba Alma mientras tanto. Hasta que un día una compañera de trabajo - actualmente labora nuevamente en el Seguro Social- le dijo que una amiga suya llevaba a su hijo a una escuelita, la de Emiliano.

“Parte del sistema que yo vi en México lo vi aquí, por eso es que me convenció esta escuela”, explica Alma sobre su decisión de llevar a su hijo ahí. Sin embargo, Alan por las mañanas también va al CAM, su madre está decidida a darle todas las herramientas posibles para que cuando se convierta en adulto pueda ser lo más independiente posible, “en sí lo que más se está

viendo es que él logre leer y escribir y cosas básicas del aprendizaje. Esta escuelita a mí me da una satisfacción enorme de saber que alguien que se preocupa porque no haya límites”.

Y, a pesar de ese quinto año de primaria terrible, son los límites los que Alan va superando lenta pero solidamente, “como que no ha podido salir, además, sus cambios a la adolescencia, yo creo que todo se le está juntando, pero yo veo que ahí va, no digamos que muy rápido pero bien. Yo creo que si lo hubiera traído antes su avance sería mayor, pero lamentablemente no encontré esto antes”.

No presiona tanto el lápiz sobre la libreta, sus trazos ya no se repiten sobre sí mismos buscando una intensidad innecesaria, hace la letra pequeña y ya sabe los días de la semana, aunque aún no pueda precisar en cuál está, “ya no se queda callado, ya no adivina tanto. Antes de entrar aquí dormía mucho y ya no duerme nada en el día, le está llamando la atención la computación, que antes definitivamente no. Ya tiene tema de conversación”.

Los talleres de carpintería, bolería, cocina, lavatrates, pintura, manualidades y lava-carros que dan en el CAM no son justamente lo que Alma tiene en mente para su hijo, pero lo lleva porque le enseñan que su trabajo vale y que debe ser cobrado con dinero.

“En las juntas en el CAM nos dicen que queda descartada la escolarización dentro de ellos y nosotros pensamos que por qué la SEP no implementa por lo menos lo básico, como el manejo de monedas y por eso yo prefiero que aquí (en la Escuelita) tenga la continuidad en ese sentido”.

El objetivo de Alma es que Alan pueda vivir solo, sin depender de nadie, que aprenda a defenderse, y aunque acepta que ello es muy complicado, está dispuesta a lograrlo aún a pesar de sus propios miedos y de los que su marido le infunde a diario, “si por mi fuera, ya iría y viniera solo, pero su papá no me deja, su papá trabaja en la tienda del IMSS -son unas cuantas cuabras- y le

digo que por ahí empecemos, porque vaya y venga solito y de ahí. Pero no quiere, entonces, si yo lo mando y le llega a pasar algo, va a decir que por qué, que me dijo. Es mucho trabajo el que como mamá tengo que hacer”.

Su calidad de madre, dice Alma, le ayudó para aceptar con mayor rapidez la condición de su hijo, “como mamá es más fácil salir porque tienes que ver por el niño, no lo puedes dejar ahí, tienes que hacer algo. Su papá tiene muy poco que lo aceptó. Ahora ya su papá se muestra preocupado y coopera con lo que necesita, ya viene por él, aunque al principio no quería, me dijo que qué tal que los compañeros querían hacer algo saliendo del trabajo, pero le dije que tenía que hacerlo y lo hizo”.

Cree en la posibilidad de mejores oportunidades para niños como Alan, pero entiende que ello sólo es posible si la gente deja de verlos en menos y apoya las luchas que, como ella, se dan a diario, “yo no me dedico más que a hacer la comida y a mi trabajo, de noche, entonces tengo todo el día para Alan y hago mis otras actividades de casa en lo que Alan está en las escuelas”.

Alma -que continua pagando sola los gastos que genera Alan- pretende que su hijo tenga un oficio digno, uno que le permita desarrollarse como cualquier otra persona, sin embargo entiende que eso está sólo en sus manos, “yo digo que jóvenes y niños como ellos, pueden hacer lo que uno les deje hacer”.

3. Fundación Emiliano

3.1. Un día en la Escuelita

La quinta sinfonía de Beethoven inunda el ambiente, que se llena de una calma que pareciera complicado romper, hasta que llega el primer alumno de la clase. Con su cabello negro y lacio ajustado con naturalidad a la cabeza y sus ojos negros dueños de una expresividad que hace innecesarias las palabras, llega Emiliano. Abraza y besa a Gaby, su maestra. La guía de sus últimos años.

Su cuerpo menudo se adhiere al de Gaby, quien con todos los elementos de su arreglo en perfecto orden le contesta el saludo y lo hace pasar. ¿Qué día es hoy Emiliano?, ¿Qué clima hace hoy Emiliano?, ¿Qué fecha es? Pon tu nombre en el pizarrón de asistencias.

Emiliano se apresura a dar el primer paso de su día: colocar la respuesta correcta a cada una de las preguntas de Gaby. Se distrae con un pequeño tambor, intenta jugar pero es cortado por su maestra, quien lo apura a terminar su primera labor.

Sus manos delgadas sacan una flecha roja de cartón, que debe colocar con precisión en la celda correspondiente a la fecha. Busca su nombre -escrito en el dibujo de un camión- y lo pone orgulloso en lo más alto de la esquina del pizarrón.

Cuando va hacia el pasillo a indicar la figura que se ajusta mejor al clima que hay fuera de la escuela, suena el timbre. Emocionado corre a la ventana, desde donde ve que ha llegado Jorge.

La dulzura que proyectan los grandes ojos negros -decorados con unas enormes y rizadas pestañas- de Jorge es difícil de omitir. La sesión de abrazos y besos para Gaby se repite.

Jorge entra y se apresura a hacer lo mismo que Emiliano. Pero antes de ello, el saludo afectuoso a su compañero de todos los días. Una vez terminada la primera e importante actividad del día, lo siguiente es trabajar.

Pareciera que jugaran pero no, aprenden. Sentados sobre la colchoneta del salón de activación física y gimnasia cerebral Jorge y Emiliano arman cada quien un rompecabezas, tienen ante sí un gran reto que ambos parecen solucionar sin mayores complicaciones.

El trabajo de mesa es para ellos un momento de cooperación. Comparten los colores, se revisan sus respectivos trabajos, hacen preguntas en una combinación de lenguaje oral y corporal. Buscan sus propias respuestas. Ambos sonríen con facilidad, se enojan pocas veces, sólo cuando sienten que no les es comprendido lo que piden o platican.

Planas y planas con figuras y líneas son llenadas por los dos, hojas con dibujos y objetos por ordenar pasan por las manos de Jorge y Emiliano, que sienten transcurrir las horas y saben que el momento de que lleguen Alan y Jonathan se acerca y, con él, también el momento de ir a casa.

- A ver Jonathan, ¿de qué color venimos hoy?
- Yo, de gris.

El desparpajo de Jonathan es gracioso, casi cínico. Sabe a qué se refiere Gema, la psicóloga de las tardes, y parece no importarle gran cosa. En la Escuelita se maneja un color para cada día de la semana. Los lunes es verde, los martes naranja, los miércoles rojo, los jueves azul, los viernes amarillo. Los fines de semana, aunque no se asiste, se les recomienda a los padres que usen gris y blanco para sábado y domingo, respectivamente. Ello ayuda a los niños a situarse en un día de la semana y a fijar en su memoria los nombres de los días en comparación con los colores.

Ese día que Jonathan iba de gris era lunes. No le importa, coloca con corrección el día de la semana en la pizarra. Su playera gris pierde importancia.

Alan llega, con su playera verde, y se sienta con cierta timidez. Hoy Gema lo evaluará en las cuentas básicas, luce nervioso ante su examen pero comienza a contestar concentrado, pareciera que no presta atención a lo que ocurre a su alrededor pero con frecuencia voltea a ver a Gema, como estudiándola, como midiendo hasta donde le permitirá distraerse.

De pronto la sala de trabajo en mesa se ha llenado, los cuatro tableros están ocupados. Alan, Jorge, Emiliano y Jonathan. Hacen sus respectivas labores y comparan sus ejercicios, entran en una competencia de rapidez y precisión que nadie se entera quién ganó porque llega el papá de Emiliano y, poco después, la mamá de Jorge. Alan y Jonathan se han quedado solos, si ya no están completos, ya no interesa quién gana.

Alan debe finalizar sus cuentas, aprender que una decena tiene diez de cada cosa, mientras que Jonathan debe terminar un árbol de navidad sobre una hoja de papel, que cubre de crayola derretida.

Gema le indica cómo hacerlo: debe mantener la crayola recta hasta llegar a la pequeña flama de una vela, dejarla unos segundos, retirarla y con rapidez colocar la gota resultante en el círculo dibujado sobre la hoja.

Jonathan mete con demasiada inclinación la mano en la veladora -dentro de un vaso de vidrio- y la llama le alcanza la punta de los dedos. Su mirada se vuelve hacia Gema, enojada. Parece retarla y reclamarle, como si ella tuviera la culpa, como si hubiera hecho exactamente lo que le indicó y aún así se hubiera quemado. Pero no lo hizo y lo sabe, sólo que Jonathan parece difícil de convencer cuando está dispuesto a no aceptar que se equivoca.

- Con cuidado Jonathan, se va a caer fuera del vaso.
- No soy un experto, pero al menos ya no me quemo (Tal como lo pronosticó Gema, la cera cae fuera del vaso). No te disculpes, yo lo limpiaré. Limpiaré la vela por todos.

Declara con tono de superioridad Jonathan y se levanta para ir por una franela para limpiar.

- Ocupa el morado, Jonathan
- No se dice morado, se dice púrpura.

Así es Jonathan, aclara Gema, sobre quien afirma que en ocasiones dice y hace cosas como si fuera un niño más grande. En efecto, la estructura de sus frases es compleja para su edad, incluso su mirada es demasiado penetrante para un niño de seis años.

Se conduce con serenidad, no corre, no grita, no se desordena en nada. Se levanta e inmediatamente recoge todo lo que usó, no se ensucia la ropa, no pierde el control de sí mismo.

En la escuela esperan a su madre y luego de dejar durante algunos minutos que se discuta la probabilidad de su llegada, declara sin mayor entusiasmo: “No va a venir, se fue a casa de mi tía. Llegará tarde por mí”. Así es Jonathan, dueño de sí espera el momento justo para participar en las conversaciones.

Alan y Jonathan salen a tomar un descanso de diez minutos al patio de la entrada, que antes debió ser una cochera. Al fondo un periódico mural guarda los recuerdos comunes: Emiliano jugando con José Tellería, un grupo de niños dentro de una alberca durante un curso de verano, Jorge durante alguna clase. Todos los nombres de los integrantes de la escuela figuran ahí junto a su diagnóstico y el tiempo que llevan en las clases.

Desde ese punto del patio puede verse por una ventana pequeña hacia la cocina, donde almuerzan y aprenden hábitos de limpieza y buenos modales. Todos lavan su plato, su vaso y sus cubiertos luego de utilizarlos. Cada uno recoge su mantel. Todo queda en perfecto orden, pareciera que nadie nunca come en ese lugar.

Se termina el receso y comienza la hora de la computación -es igual para ambos turnos-, así que recorren el pasillo hasta llegar al salón más alejado de la escuela: cuatro computadoras los esperan. Memorama, lluvia de números, asociación de ideas, son los juegos que tienen a su disposición. Para Jonathan y Alan es más sencillo manipular el teclado y el ratón de la computadora porque no tienen dificultades motoras, sin embargo para Emiliano y Jorge la tarea se vuelve más compleja pero no por ello imposible.

El patio de atrás luce como el regalo de cada día: un brincolín les espera ahí. Ellos lo consideran un premio. Sin embargo, lejos está de ser una simple distracción, “conviene que lo tomen así”, dice Gaby.

Lo cierto es que por entretenido que les resulte brincar y jugar en la cama elástica, también ahí están aprendiendo. Cuando el cuerpo salta constantemente la oxigenación del cerebro es mayor, explica Gaby, entonces en la parte más alta que alcanzan los niños al saltar están colocadas las vocales. Así, mediante la repetición de la imagen percibida, con un nivel de oxigenación mayor al normal, las letras se les quedarán en la memoria más fácil.

Pero no es tan sencillo, Gaby los hace repetir las letras cuando caen, así el conocimiento se refuerza. Los niños repiten las letras, si ese es el pago por el juego, están dispuestos a darlo.

3.2. La Escuelita resiste y se fortalece

A un año de iniciado el proyecto, todo transcurría con la calma acostumbrada en la Escuelita, con la única diferencia que Carmen estaba ahí arreglando algunos pendientes. Las clases se daban normalmente y los niños estaban tranquilos en sus actividades de rutina cuando alguien tocó el timbre.

Un hombre de aspecto burócrata apareció ante los ojos de quien abrió la puerta, exigía hablar con la responsable de *ese* lugar. Tenía órdenes de *poner* en regla el sitio. Vengo de presidencia municipal, dijo con un tono de superioridad, como intentando intimidar.

Salió Carmen a la puerta y sin dejarlo entrar -le pidió la orden judicial para que pudiera hacerlo- le preguntó que era lo que buscaba ahí.

- Necesito sus papeles, sus permisos. Vengo de reglamentos.
- No necesitamos permisos, somos un proyecto comunitario de varias mamás.
- No se ponga así, yo soy *pariente* del presidente.
- Si considera que estamos haciendo algo ilegal, llévase a los niños al DIF y que la esposa del presidente se haga cargo de ellos. Ya iremos nosotros a ver qué procede.
- Comprenda y coopere, muéstreme sus permisos. Sólo hago mi trabajo, no pueden operar así, con *esto* están generando una situación de riesgo, si no me los muestra tendré que hacer algo al respecto.
- Si a mí se me pega la gana haber sacado todos los muebles de mi casa y poner un espacio para que mi hijo y otros niños tengan calidad de vida, es mi derecho, soy libre en este país.
- Entienda señora, está operando ilegalmente. Tiene que mostrarme sus permisos. Además, ya le dije que soy *pariente* del presidente.
- No necesito permisos, somos un proyecto comunitario, no una escuela particular. Nosotros no estamos cometiendo ningún delito, usted sí. El nepotismo lo es y yo sí puedo denunciarlo.

Fin de la discusión, recuerda Carmen a dos años de lo sucedido. Con lo dicho por ella el inspector o lo que haya sido -no se identificó plenamente- se deshizo en disculpas, alegó una confusión y se marchó.

Todo surgió como consecuencia de una nota publicada en el diario Milenio Hidalgo, en la que se habló de la Escuelita y del trabajo que allí se realiza. Se describieron las actividades y, para que los interesados pudieran comunicarse, se publicaron los teléfonos y la dirección de las instalaciones.

El asunto, dice Carmen, es que pretendían violar el derecho que como padres de familia les asiste constitucionalmente: educar a sus hijos de la forma en que consideren más conveniente, en beneficio de su desarrollo.

Pero, ¿por qué mencionó el inspector que la Escuela era generador de riesgo?, Carmen encuentra una respuesta muy simple: “yo creo que peligro social, incluir a los sin derecho. Que eso se pueda propagar y qué tal si luego todos queríamos darles el lugar que merecen. Creo que ése era el susto que tenían”.

Pero ésa no ha sido la única traba a la que se han enfrentado, también tuvieron que pasar por algunos problemas hasta acceder a algo que ya habían ganado: que la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH) enviara estudiantes de la licenciatura en Psicología para realizar Servicio Social y Prácticas Profesionales.

A pesar de que la UAEH ya había aceptado el convenio y la Escuelita figuraba en la lista de opciones que se les da a los alumnos en el momento que deben elegir la institución para realizar el trámite universitario, el psicólogo Víctor Orozco, profesor del área académica, hizo comentarios desalentadores sobre el proyecto comunitario de educación especial.

Orozco es el encargado de observar las actividades de los estudiantes en sus respectivas instituciones y acreditar o no el trabajo que estén realizando en ellas. Lo que a Carmen le dijeron al respecto, fue que el psicólogo opinaba que eran muy pocos niños, que no valía la pena enviar estudiantes.

Entonces Carmen fue a la universidad, habló con otro psicólogo y profesor de la institución, Rubén García. Él le dijo a donde dirigirse y a los tres meses ya tenían los primeros practicantes y prestadores de servicio social apoyando las actividades diarias de la Escuelita.

Por ese tiempo, principios de 2006, José Tellería -segundo miembro de la escuela- le dice a Carmen que debería tener un proceso de calidad que validara las actividades y las personas que laboraban en la escuela, “así nacen y mueren muchos proyectos, sin darle forma institucional”, le dijo el ex alcalde.

Entonces un nombre llegó a la mente de Carmen: Rosana Lugo, directora de la compañía -entonces naciente- *Estrategas, soluciones de valor*, especialista en planeación estratégica, procesos de calidad, capital humano, finanzas y tecnologías de información. Rosana y Carmen habían sido compañeras durante su estancia en presidencia municipal, justo durante el periodo de José Tellería.

“Me habla Carmen y me dice que si le puedo ayudar con eso, con mi empresa, pero me dice que no tiene dinero, entonces parte de la misión de Estrategas es ser agentes de cambio, no todo es cobrar”, explica Rosana Lugo, quien asegura que al apoyar este tipo de proyectos el único pago que exigen es que la organización responda a todos los requerimientos que se les piden.

Para julio del mismo año Estrategas y la Escuelita estaban trabajando en la estructuración del organigrama. Posteriormente la labor sería definir las metas y los objetivos de la organización, tanto los generales como los particulares, explica Rosana.

El Sistema de Gestión de Calidad (SGC), según informa Lugo, permite a las organizaciones o empresas pagar un certificado ISO o bien, mantener a la institución sólo con el sistema. “el papel es importante para cuestiones comerciales y de publicidad, porque da prestigio pero no es indispensable. La idea no es certificarlo sino darle un nivel de calidad acorde con la institución. Con la certificación, la escuelita da el primer paso para estar en posibilidades de obtener recursos de manera legal y jurídica, pero eso aún está en proceso”.

Actualmente el SGC implementado por Estrategas en la escuela, lleva un avance del 70 por ciento. El 30 por ciento restante es básicamente sobre cuestiones administrativas, dado que en lo educativo el sistema ha completado su función.

Estandarizar los servicios que pueden obtener los niños fue un punto esencial en la estructuración, así como contar con expedientes, registros, evidencias, cartas responsivas, saber cómo levantar acciones correctivas. También era indispensable delimitar el perfil de los niños que pueden ingresar pero, de igual modo, dejar bien claro el perfil que no se puede admitir y tener lista una serie de razones fundamentadas para esos casos, a fin de que los padres de familia que no puedan ingresar a sus hijos sepan las razones del rechazo.

Logar la separación -en la práctica y en lo jurídico- definitiva de la Escuelita con Grupo Cíhuatl fue un aspecto que Rosana puso entre las prioridades, dado que ello confundía las acciones y las decisiones. Además, evitar que toda la responsabilidad de la escuela recayera sobre Carmen era indispensable, “el sistema de gestión debe servir para que alguien esté a cargo de lo operativo, delegar responsabilidades, no todo lo puede hacer Carmen”, aclara la responsable del proceso, al que Lugo califica como exitoso, aunque informa que este tipo de asuntos son para toda la vida, dado que la calidad es un asunto cambiante y perfectible.

Con lo anterior, se ha logrado, por ejemplo, que los padres y madres de familia reciban semestralmente una boleta de calificaciones con aspectos específicos graficados y comparados entre sí, de modo que pueden ver de una manera sencilla y práctica cuáles son las áreas en que sus hijos mejoran, en cuáles se estancan y, por último, en cuáles retroceden o empeoran.

Además, se ha conseguido que cada miembro de la organización conozca su función específica dentro del sistema, pero también que sepan a quién dirigirse en cada caso, “toda la gente está metida en su función específica. Se han hecho los nombramientos y reconocimientos de cada empleado y de cada función, porque ello no sólo da certidumbre a la organización sino a sus miembros, porque ya saben a quién deben acudir si necesitan algo”, indica Rosana.

La especialista en procesos de calidad explica que cuando su empresa llegó a la Escuelita, sus procesos eran empíricos en su mayoría pero que ahora todo tiene la estructura necesaria, desde las formas que los padres deben llenar para el ingreso de un menor, la entrega de materiales o la especificación de los riesgos normales que corre un niño dentro de una escuela, hasta las formas que deben ser entregadas a los padres en caso de que un niño abandone la institución.

Para conseguir todo lo anterior, Estrategas hace visitas quincenales o mensuales a la escuela, en las que verifica que todo vaya conforme al plan, de tal forma que se pueda continuar con los siguientes pasos.

El 30 por ciento restante, explica Lugo, referente a lo administrativo, incluye un plan para que la escuela pueda ser autosuficiente de manera total, dado que actualmente sólo lo es en cuanto a materiales y sueldos, sin embargo, el mantenimiento de las instalaciones sigue siendo absorbido por Carmen y José Luis, “la organización debe funcionar por sí misma, no por las personas. El sistema debe trabajar para las personas”.

Con el SGC, lo que se pretende no es que la escuela sea la mejor, dado que, indica Rosana, eso es un asunto variable, pero sí se busca que cumpla eficazmente con su misión: reinsertar niños y niñas en la sociedad.

“Ése es el valor de la organización. Se trata de conjuntar inteligencia y amor para lograr los objetivos, convertir en realidad los valores que guían la empresa, hacer realidad la cultura organizacional”, asegura Lugo.

Dentro del plan, el último punto que faltaría por cubrir sería el referente a la seguridad de los niños y niñas dentro del plantel, explica, “tener documentos para lo que se puede y lo que no se puede hacer dentro de la escuelita, para no poner a los niños en riesgo, saber cómo se les debe hablar a los niños, saber qué es lo que deben llevar e informar los padres de familia”.

Rosana Lugo expone que aún existen detalles por cubrir pero eso se buscará en un futuro, como integrar un área para la investigación de planes de estudios y de metodologías de enseñanza innovadoras, que mantengan actualizada a la directiva de la escuela.

Además, se buscará la forma de contar con un proceso administrativo que permita tener un plan de mantenimiento de las instalaciones y los servicios que se requieran.

Guiar a los expertos de cada área para que logren sus objetivos, así define Rosana su trabajo, que tiene como única finalidad lograr que la gente - clientes o usuarios- note la diferencia en el servicio y, con ello, se incremente su nivel de satisfacción con respecto al producto final.

3.3 El reconocimiento internacional y la Fundación Emiliano

Durante el sexenio pasado, la Escuelita tuvo un ofrecimiento internacional de apoyo económico. Un grupo luterano en Alemania, a través del Fondo de las

Naciones Unidas para México y Cuba, se había mostrado interesado en visitar sus instalaciones y brindarle ayuda monetaria.

Parecía que el trámite sería sencillo, sólo tenía que conseguirse la aprobación del Consejo Estatal de Población (Coespo). No se obtuvo. “Tuvimos pláticas con Rene Rosemberg, director del Fondo de las Naciones Unidas para México y Cuba, hubo la propuesta de hacer una visita a la escuelita, desafortunadamente el contacto lo teníamos que hacer a través de un funcionario de gobierno -el entonces director del Coespo- que nos obstaculizó mucho y ya no pudimos hacer el contacto. Ahí se quedó”, relata Carmen.

Por ello y algunas otras razones personales, se toma la decisión de crear una fundación que le dé cobijo legal a la escuela, que la posibiliten para ingresar proyectos en asociaciones nacionales e internacionales, para ofrecer recibos deducibles de impuestos a donantes particulares. Que le dé certeza personal a Emiliano, coinciden José Luis y Carmen.

“La idea es de Carmen, para darle un soporte más firme, pensando en que Carmen o yo ya no pudiéramos estar, esto desaparece, la fundación es con esa idea, de que continúe y sea una opción para más niños pero sí se requiere más apoyo”.

Para ello, buscaron apoyo en su familia, tal como ha sido modo de operación hasta ahora, Gema y Guillermo Cruz Castillo -primos de Carmen- fueron la mejor opción para integrar la directiva de lo que ya es la fundación. Estelí como presidenta, Carmen en la vicepresidencia, Guillermo como secretario, Gema en la tesorería y, finalmente, José Luis como vocal.

La importancia de hacer de la escuelita un espacio con todas las obligaciones y derechos legales es para este grupo de personas una necesidad, tal como lo plantea José Luis, quien asegura que de no hacerlo seguirían ofreciendo una asistencia *muy regular*, sin mayores pretensiones hacia el futuro, además, con ello tendrán mayores parámetros para demostrar los avances en el trabajo

educativo que se realiza, hacer ver que no sólo se cuida los niños sino que se les prepara para la vida. Las mejoras en cuanto a las metodologías y los planes de enseñanza que se imparten, será otro punto a destacar en adelante.

Al demostrar que se tiene una estructura y una solidez -junto a la figura jurídica que les respaldará- se podrá acceder a financiamientos, apoyos, ofrecer recibos deducibles de impuestos y otras acciones que no habían podido llevarse a cabo, como lo explica Gema Cruz, “primero vamos a trabajar en buscar un terreno más apto. Buscaremos más publicidad, crecer, tener más niños, más personal capacitado y especializado para ofrecerle a estos niños un mejor futuro”.

Que permanezca más allá de las vidas de sus fundadores, es en lo que coinciden los cuatro, lograr algo concreto que les sobreviva, que rebase sus propias existencias y dé certeza a Emiliano y a todos los que vengan detrás suyo, “darle otra dimensión al asunto del aprendizaje, que no tiene que ser a fuerza letras y números, esa es la parte tradicional”, enfatiza José Luis, mientras que Gema Cruz se entusiasma al reconocer que este movimiento va hacia fuera, “ya no es sólo por Emiliano, ya son muchos niños más”.

Y explica que el mayor obstáculo al que se enfrentaban ya no lo será más o, por lo menos, no en la misma medida, “ya con la fundación tendremos más recursos económicos, tener más personal de planta y ya no tanto de servicio social, como hasta ahora porque de pronto el sueldo pues no es muy bueno”.

En lo social, tanto José Luis como Guillermo aseguran que esto beneficiará a la imagen de la Escuelita, “se logra un reconocimiento, ofrecer de una manera formal ante la sociedad, de alguna forma las personas siempre se fijan si es un lugar confiable y adecuado para sus hijos y esto es muy importante”, dice Guillermo, mientras que José Luis asegura que también representa una manera de divulgar lo hecho, “también es para dar a conocer el trabajo que están haciendo los niños, que yo no sé si único pero yo no he sabido que se haga”.

José Luis explica que la idea -hasta ahora- es que los niños tengan una educación eficaz hasta los 18 años pero, el reto se encuentra en el futuro, “luego qué, ¿van a retroceder si no van a un lugar donde sigan?, ¿qué va a pasar cuando sean adultos? Deben tener un espacio, cuando lleguen a los cuarenta años, qué les vamos a pedir que hagan, qué va a suceder con ellos”.

Lograr que los niños al crecer tengan oportunidades dignas de empleo es el objetivo al que miran desde ahora, por ello la fundación, por ello el trabajo diario, “queremos que aprendan algo para un trabajo, uno pequeño, como en otros países. Estar en un restaurante atendiendo las mesas, llevando y trayendo la comida o en los *supers* acomodando los estantes, que tengan su propio dinero y que puedan valerse. Hay que prepararlos para un trabajo pero se necesita el espacio para entrenarlos, porque no todos se van a ir de lavacoche o de cerillos en el *super*”.

Del trabajo con Cíhuatl Carmen asegura haber aprendido a formar redes de apoyo, por ello ha sabido conformar en torno a Emiliano un grupo sólido que de confianza a esta parte del proyecto que ahora comienza. Sobre el futuro, espera su consolidación, pero ello -dice- vendrá con el tiempo y el trabajo que se realice, “después tendremos simpatizantes, amigos de la fundación”.

Para Guillermo, el desarrollo que vendrá con la fundación no será tanto en cantidad como en la calidad que se ofrecerá, “va a crecer pero no en tamaño porque no hay tantos padres valientes que reconozcan que tienen un niño especial como Emiliano y no les buscan un lugar, los tienen guardados en su casa. O buscan un lugar así como los que tiene la SEP, pero este es un lugar especial, es como un hogar, donde los niños conviven y el contacto les ayuda a integrarse a la sociedad”.

Y asegura que el deseo -la pretensión- es que nunca cierre, porque además cree en que este proyecto no sólo beneficia a los niños que reciben educación en él sino que es un espacio de aprendizaje para todos los que la conforman,

“uno aprende de los niños, sobre todo en la parte humana, porque son naturales, nunca están pensando en cómo ser o actuar, siempre hacen lo que sienten, así deberíamos ser todos”.

También, explica Guillermo, la enseñanza para la sociedad es el mensaje que se da: brindar educación y trato de calidad, con la dignidad y el respeto que merecen. Para Estelí, presidenta de la fundación es el proyecto de vida de su hermano, “la finalidad de la escuelita es que pueda crecer, tiene que ir creciendo conforme Emiliano va creciendo, creemos que en muchos años tenemos que llegar a un campus Emiliano, donde tengan talleres para que ellos puedan ser independientes económicamente y productivos”.

El acta constitutiva se expidió en la notaria de Juan Manuel Sepúlveda Fayad, gracias a la relación de Carmen con el notario, “conocen a Emiliano desde pequeño, fueron muy solidarios con la expedición del acta. Emiliano tiene mucha suerte, hay cosas increíbles”.

Dice Carmen con una sonrisa que no quiere evitar y recuerda cómo el primer día de la Escuelita las dudas se instalaron en ella, “sentí que habíamos enloquecido por la necesidad de buscarle un espacio a Emiliano y buscarnos un espacio a nosotros también”.

Sin embargo no fue la locura lo que los llevó hasta ahí sino el deseo de tener la certeza de no tener que enfrentarse nuevamente a la ineptitud y la negligencia, “(ahora) lo veo como un oasis, el oasis de Emiliano. Lo disfruto, me siento feliz, lo siento como una red muy fuerte que me permite disfrutar una opción de vida que como mujer decidí: sí a la maternidad. A José Luis y a mí nos permite disfrutar de Emiliano”.

Y es justo con el disfrute de su condición de padre y madre como José Luis y Carmen forman a sus hijos, conscientes de la doble jornada que deben cumplir para lograr que Emiliano tenga las mejores posibilidades, “el futuro es igual que con Estelí que es una niña regular, hay que trabajar mucho. Con

Emiliano doblemente porque además del trabajo que tenemos que hacer como toda familia para poder integrarlos a futuro a la vida laboral independiente aquí es un doble esfuerzo porque no sólo es trabajar con él sino hay que ir rompiendo cercos ideológicos de exclusión, de discriminación hacia él”.

Pero las enseñanzas que de la mano de Emiliano han adquirido, asegura Carmen, son de las cosas cuya valía nunca pondrá en duda dado que le han dado los *para qué*s que alguna vez se le complicó ver, “finalmente es un reto, a través de la vida -y no en un rollo cristiano-, Emiliano nos está dando esta posibilidad de ir rompiendo esto, de abrir espacios. Nos ha suavizado la vida”.

Conclusiones

Han sido, efectivamente, cosas increíbles las que han ocurrido en torno a Emiliano. Una esperanza palpable y efectiva se ha abierto en varias vidas, al menos en Alan y Jorge que, hasta antes de llegar ahí, tenían pocas opciones, las mismas de siempre.

Porque, además, la escuela no sólo les ofrece una posibilidad de estudio sino que les brinda una oportunidad de tener una vida como la de cualquier otro niño: levantarse e ir a una escuela en la que lo mismo aprenden conocimientos que elementos de la vida igual de importantes: la amistad, el compañerismo, la diversión resultante de los juegos y las travesuras.

En ella, a diario, van hacia la independencia en todos sentidos. Asimilan la idea de que el mundo es mucho mayor a sus casas y, con ello, que hay mucha más gente que su familia. Interactúan con otros, iguales y distintos a ellos y de ese modo se preparan para entender a la sociedad en la que les tocó vivir.

El futuro de la escuela y de la fundación ya es cierto, está fundamentado y tiene metas específicas que parecen demasiado ambiciosas pero, hace años, así lucía la idea de tener un espacio propio de educación respetuosa para las necesidades de Emiliano.

A corto plazo, terminar de acondicionar el área de estimulación de los sentidos, en la que los niños tendrán un cuarto donde la luz, los sonidos, las texturas y las formas los llevarán a una consciencia más amplia de sus sentidos para lograr su reconocimiento y posterior utilización a plenitud.

Será un cuarto negro que en sus paredes se proyectarán luces y formas que posibiliten a los niños acercarse a su sentido de la vista y así analizar sus posibilidades visuales para, luego, potenciarlas.

Las texturas los pondrán en contacto con su cuerpo y lo que éste es capaz de sentir, para que reconozcan todas las sensaciones que su piel les puede transmitir. Finalmente, su oído también será ejercitado, con lo que tendrán un manejo más eficaz de los sonidos que les rodean cotidianamente.

El otro proyecto a corto plazo es la conformación de talleres formales de apoyo a los padres, para que sepan cómo apoyar a sus hijos, para que reconozcan sus avances y estén atentos de sus fallas. Que ellos participen activamente en la integración de los conocimientos que la escuela les brinda. Además, estarán complementados por apoyo psicológico que les permita comprender mejor su situación y la de sus hijos.

A mediano plazo se espera conseguir unas instalaciones que se adecuen mejor a las necesidades -crecientes- de los niños. Canchas deportivas o patios amplios donde puedan correr, jugar, montar bicicleta. Conseguir donativos económicos o en especie que les permitan tener computadoras con pantalla táctil, lo que facilitará el aprendizaje de computación para niños con dificultades motrices. Lograr que especialistas de otros estados -o países- realicen evaluaciones constantes a fin de mejorar los sistemas de enseñanza-aprendizaje. Tener mayores recursos y, con ellos, más personal.

Hacia el futuro, la conformación de talleres para la enseñanza de oficios es algo que se tiene en mente, una universidad que les dé a los integrantes de la escuela las herramientas necesarias para obtener un trabajo y con él un salario. Brindarles la posibilidad de la independencia.

La Escuelita de Emiliano y su fundación son ejemplo de que el derecho a la dignidad no está a discusión pero sí, lamentablemente, está en riesgo y que debe lucharse por mantenerlo como una realidad a vivirse.

La lucha de Carmen y José Luis se convierte entonces en la lucha de otras madres y otros padres que se ven reflejados en la ambición de una vida digna, en la petición de un trato justo y en el trabajo diario por conseguirlo.

Y ha sido un camino hacia la dignidad el que se ha transitado, a pesar de los obstáculos que directa o indirectamente les han obligado a salvar las autoridades educativas y sociales, que ciegos en su unilateral modo de ver la vida colocan en una difícil perspectiva a esfuerzos comunitarios como este.

Es entonces cuando la responsabilidad con la sociedad del periodismo toma fuerza y hace lo hace vivir en un contexto en el que cada día resulta más complicado llevar a la luz pública proyectos que no cuentan con otro capital que la fuerza, la resistencia y el entusiasmo de sus integrantes.

Por tanto, es el periodismo el que debe hacer un esfuerzo por darle cabida a temas que no están dentro de las prioridades informativas, marcadas por intereses de todo tipo, menos por el compromiso que se debe tener con la exaltación de tópicos que fomenten en los lectores un interés por el mejor y más eficiente conocimiento de su entorno y, con ello, instar a la participación ciudadana o, cuando menos, a la solidaridad.

Porque es en ello donde se encuentra la esperanza para desterrar la discriminación que cubierta de velos o no, detiene o retrasa proyectos que se realizan con el simple -si cabe ello en la palabra- deseo de llevar dignidad a quien le ha sido arrebatada.

La discriminación tiene muchas caras y muy variados fondos pero siempre el mismo resultado: la negación de espacios físicos o metafóricos a todo ser que no se ajuste a la norma socio cultural pre diseñada, llenando de estigmas a esos seres que además de no tener culpa alguna de su diferencia, tampoco tienen obligación de adecuarse.

Entonces, la falta de sensibilidad se encubre en supuestos fallos del sistema que, de tenerse la voluntad, podrían salvar los funcionarios a cargo, como en el caso de Alan, quien de haberse encontrado con funcionarios con una perspectiva correcta de los estragos que podría ocasionarle la constante

humillación de su profesor, habrían actuado. Los profesores y profesoras son uno de los primeros y más fuertes lazos entre la infancia y el mundo, por lo que una preparación académica y humana eficiente es indispensable.

Pero eso se dispara a todos los niveles, porque en lo más alto de la esfera gubernamental de la educación en el estado, evidentemente falta un compromiso real con la enseñanza especial, otorgar verdaderas opciones a la infancia con necesidades distintas y a sus padres y madres, que en general tienen que recorrer un largo camino hasta encontrar oportunidades verdaderas, espacios donde la dignidad y el respeto no sean un discurso.

El reflejo es que la única escuela que la Secretaría de Educación Pública (SEP) tiene para el sector, los Centros de Atención Múltiple, es un más bien un taller donde los niños y las niñas aprenden oficios que en la escala social distan mucho de ser una forma de desarrollo integral. Bolería de calzado, lava coches, empacadores de productos en las cajas de los super mercados, todo ello es a lo que las personas regulares llegan como última opción, ¿por qué ha de ser, entonces, para las especiales la primera?

De ahí se deriva la demanda -que debería ser considerada como prioritaria- de que la SEP revise sus ofertas educativas y los profesores que las imparten, es indispensable abrir espacios donde todo ser humano tenga el derecho elemental de un futuro alentador y que sea el receptor de la misma quien tenga la responsabilidad sobre lo que ocurra posteriormente y nos las instituciones a cargo.

Tal pareciera que la realidad se ha perdido y nadie -en el poder gubernamental- se ha dado a la tarea de rechazar la farsa que se ha colocado en su puesto, a dejar de jugar a que todo camina con corrección y que a nadie le falta nada.

Y son pocos los que se animan a revolver el orden imperante y actuar, tal como lo dice la señora Alma Martínez, madre de Alan, “si todos pudiéramos

hacer algo como esto...”. Por desgracia, sólo unos cuantos pueden pero es en ellos en los que no lo logran en quienes se apoyan y, con ello, se fundamentan proyectos que modifican, por lo menos, una parte de esa ficción a la que nos hemos acostumbrado a habitar.

Por desgracia, sólo de ese modo se producen los cambios, si la familia Imbert Rincón no hubiera tenido el coraje y los medios necesarios para comenzar con el proyecto de educación especial, nada de esto habría sucedido.

La familia, núcleo indestructible y siempre confiable según Carmen, ha sido su fortaleza en los peores momentos y su participación ha sido determinante para la evolución de sus planes.

Sin embargo, no todo ha sido familiar, también con su coraje, los Imbert Rincón han empujado a otras personas que en su misma situación o no, han comenzado a integrarse en esta consciencia sobre la importancia de ofrecer a los niños y las niñas especiales lo que hasta entonces lucía impensable en el estado: educación real.

Con el futuro como meta y el derecho a la dignidad como bandera, Carmen y José Luis han -y continúan- librado una batalla que les reproduce el ánimo a pesar de las condiciones -externas e internas-, apoyados siempre en la idea de llevar a Emiliano -y ahora a muchos otros niños y niñas- hacia un lugar que les fue negado tajantemente: la independencia.

Fuentes

- Bibliografía

- BAENA PAZ, Guillermina. El discurso periodístico. Los géneros periodísticos hacia el nuevo milenio. México: Trillas, 1999.
- CAMPBELL, Federico. Periodismo escrito. México: Alfaguara, 2002.
- GONZÁLEZ REYNA, Susana. Periodismo de opinión y discurso. México: Trillas, 1999.
- LEÑERO, Vicente y CARLOS Marín. Manual de periodismo. México: Grijalbo. 1986.
- MEZA ESCORZA, Tania y Mitzy ALCALÁ. Carmen Rincón: el derecho a ser madre. México: UNAM, tesis de licenciatura en Comunicación, 2000.
- RÍO REYNAGA, Julio del. Periodismo interpretativo. El reportaje. México: Trillas, 1994.
- VIVALDI, G. Martín. Géneros periodísticos. España: Paraninfo, 1998.
- WOLFE, Tom. El nuevo periodismo. España: Anagrama, 2000.

- Hemerografía

- VELÁZQUEZ, Luis. “Secretos del reportaje”. Revista Mexicana de la Comunicación. Año XVII, número 89, octubre-noviembre de 2004. México.

- Entrevistas
- Carmen Rincón Cruz
Madre de Emiliano, víctima de violación a derechos reproductivos,
presidenta del Grupo Cíhuatl y vicepresidenta de la Fundación
Emiliano.
Pachuca, Hidalgo
Octubre y noviembre de 2008
- Estelí Imbert Rincón
Hermana de Emiliano y presidenta de la Fundación Emiliano
Pachuca, Hidalgo
Octubre de 2008
- José Luis Imbert Palafox
Padre de Emiliano y vocal de la Fundación Emiliano
Pachuca, Hidalgo
Octubre y noviembre de 2008
- Juanita Liconá
Vicepresidenta del Grupo Cíhuatl
Pachuca, Hidalgo
Noviembre de 2008
- Rosana Lugo
Directora de la empresa “Strategas, soluciones de valor”
Pachuca, Hidalgo
Octubre de 2008
- Gabriela Nazareth Aguilar Esparza
Directora de La Escuelita de Emiliano
Pachuca, Hidalgo
Octubre de 2008

- Gema Lizette Caballero López
Psicóloga de La Escuelita de Emiliano
Pachuca, Hidalgo
Noviembre de 2008
- Yadira Villamil Vera
Psicóloga encargada del Grupo Cíhuatl
Pachuca, Hidalgo
Noviembre de 2008
- Dolores Ramírez
Madre de Jorge Calendaria
Pachuca, Hidalgo
Noviembre de 2008
- Alma Amador
Madre de Alan Martínez
Pachuca, Hidalgo
Noviembre de 2008
- Guillermo Cruz Castillo
Secretario de la Fundación Emiliano
Pachuca, Hidalgo
Diciembre de 2008
- Gema Cruz Castillo
Tesorera de la Fundación Emiliano
Pachuca, Hidalgo
Diciembre de 2008
- Páginas de Internet
- *Secretaría de Educación Pública*, www.sep.org.mx